

# LA PRIMAVERA A U S E N T E

EL TRASTORNO DE ELARANNE

I



RUBÉN H. ERNAND



**LA  
PRIMAVERA  
AUSENTE**

**El Trastorno de Elaranne**

**Vol. I**

Rubén H. Ernand

© Rubén H. Ermand, 2018

1ª edición, abril de 2018

Diseño de cubierta: Yuly Alejo

ISBN: 9781980791034

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra.

*A Rebeca, para que nunca olvide que siempre hay un camino, una luz y una nueva maravilla de la que disfrutar.*

*A mi padre, que hizo lo que pudo con lo que tenía y no le podría pedir más. Quizá nunca encontró su primavera, pero nunca fue el invierno.*

*Hold it together, birds of a feather  
Nothing but lies and crooked wings  
I have the answer, spreading the cancer  
You are the faith inside me*

*No, don't  
Leave me to die here  
Help me survive here  
Alone, don't remember, remember*

*Breaking Benjamin – Evil Angel*

*Las almas humildes tienen miedo de su propia fuerza.*

*William Gurnall*



# Índice

Prólogo .....	11
Primera parte: una vieja promesa .....	25
Nieblas del corazón .....	26
Sueños enterrados.....	39
La Puerta de la Revelación.....	55
Un nuevo comienzo .....	73
Las últimas nieves .....	87
Entre un millón de enemigos.....	102
Cambios.....	118
Un camino de cenizas.....	132
Uno de ellos.....	144
El extraño señor de Aldremhem .....	156
La tormenta sobre Balaeron .....	174
Segunda parte: el signo del cuervo .....	187
Fuego furtivo .....	188
Sangre bajo la lluvia .....	204
Sombras en la Ciudad del Mediodía.....	219
Palabras como espadas.....	235
Sesenta días de paz.....	253
Donde moran los cuervos .....	271
El peso de la verdad .....	289
Cuando el mundo se tambalea.....	308
Decisiones .....	328

Tercera parte: sangre, sombra y hueso.....	347
Hospitalidad.....	348
La cima del invierno.....	368
Lo que se rompe para siempre.....	390
Dos mitades.....	409
Invisible.....	423
Por donde cae toda esperanza.....	436
Otra clase de dolor.....	454
Luz encadenada.....	476
En el filo del precipicio.....	491
Las máscaras caen.....	509
Epílogo.....	527
Agradecimientos.....	531







# Prólogo

Cinco mil hombres se extendían sobre un prado de hierba amarillenta cercano a la orilla oriental de un río ancho y de aguas mansas. Los casi tres meses de verano habían reducido la capacidad del río Medis hasta menos de la mitad, pero aun así seguía siendo imponente. Buena parte de los hombres, con relucientes cascos bronceos, cotas de malla y casacas rojas, formaban en cuatro divisiones con forma de grandes rectángulos. Una hilera doble de arqueros estaba situada tras ellos. En ambos flancos de la formación aguardaba la caballería, con sus cascos alados, armaduras laminadas y capas blancas. Los lanceros y espaderos de reserva aguardaban a cierta distancia detrás de todos ellos, en sus posiciones designadas.

El general Galthis gruñó con satisfacción, observándolo todo desde el puesto de mando situado en una colina, casi un kilómetro tras sus hombres. Merethia era un reino nuevo, con menos de veinte años de vida, pero su ejército ya empezaba a ser conocido en el mundo entero. No en vano, el rey Breol, él mismo y la mayor parte de sus mandos provenía del mundo militar del desaparecido imperio de Bal Aeronis. Conocían las tácticas, la tradición y la forma más eficiente de conseguir que sus hombres aniquilasen al enemigo.

«Pero este enemigo no es como los demás —pensó Galthis frunciendo el ceño—. ¡Qué me aspen si sé qué esperar de ellos!».

Dirigió su mirada a la arbolada ribera opuesta del río. El bosque de Athael ocupaba buena parte del horizonte occidental, con la niebla matutina adherida a grandes zonas de él. Allí, en algún lugar, se agazapaban los eliiir. Se suponía que durante el transcurso del día abandonarían el extenso bosque para entablar combate. Si rompían sus líneas, se internarían en Merethia, destruyendo y maldiciendo a su paso; acabando con el reino cuando aún daba sus primeros pasos. En su mente se esbozó la imagen de un ser delgado, rodeado de un halo de majestad y frialdad inhumana, asfixiando a un niño en su propia cuna.

Agitó la cabeza, molesto por lo absurdo de la imagen. Ellos no eran niños y tampoco tenía la menor idea de qué aspecto podía tener un eliiir. Los relatos que se contaban en la capital eran dispares y a

menudo los representaban como seres gráciles y luminosos, pero muchos otros susurraban que eran una raza fría, amargada y traicionera; seres de otro tiempo, ya casi extintos, que rumiaban su rencor por los humanos ocultos en su bosque.

Ahora, tras la caída de Bal Aeronis, la desaparición de la familia imperial y los más de veinte años de guerras y revueltas, habían visto debilidad entre los balaerianos y se disponían a aprovecharla. Según el relato de los magos, lanzarían todo lo que tenían contra Merethia, el primero y más poderoso de los reinos surgidos de las cenizas del imperio. Galthis miró a su ejército, todo lo que habían podido movilizar en tres días sin comprometer sus otras campañas bélicas, y se sintió orgulloso. El reino se expandía, conquistaba, acumulaba recursos y sofocaba revueltas y sediciones que aún se seguían produciendo. Sus vecinos, Eralian y el Dominio de Moradh, hacían lo propio y tarde o temprano habría una guerra entre ellos. Galthis suponía que sería tan larga y sangrienta como el gobierno de Creonus Eth Merik, el último emperador de Bal Aeronis.

Los mensajeros esperaban órdenes para llevarlas a sus comandantes y capitanes, así que las transmitió con la atención puesta a su espalda. Allí estaban las tiendas que conformaban el campamento que habían levantado la tarde anterior. Un pequeño grupo subía sin prisas hasta la colina donde estaba situado el puesto de mando. La veintena de guardias reales y el estandarte de los Unseir anunciaban que el rey Breol se acercaba. Tras despachar sus órdenes, cuando el grupo se acercó más, Galthis frunció el ceño al distinguir al siniestro grupo de los tres magos que habían llegado junto con el rey de la capital.

Escupió al suelo, pensando en lo raro que resultaba todo aquello. Habían avanzado a marchas forzadas desde la ciudad de Ebedin durante nueve jornadas para llegar a este lugar, en tierra de nadie, y apenas comprendía el motivo. El rey, junto a los magos, se había unido a ellos el día anterior y había sido muy parco en explicaciones, lo cual no aliviaba sus propios temores. No obstante, él era militar y sabía bien cuál era su deber.

El galope de un caballo que se acercaba desde el sur le llamó la atención. Cherdean Unseir, príncipe heredero del reino de Merethia, apareció subiendo la colina vestido de acero en su alazán. Una expresión de desagrado era visible en su orgulloso rostro. Dicha expresión se intensificó cuando descabalgó, tendió las riendas de la montura a uno de los sirvientes que atendían a los oficiales del puesto de mando y se acercó a Galthis.

—Alteza —saludó el veterano oficial, cuadrándose y levantando el puño del brazo derecho a la altura de la frente.

El príncipe hizo un gesto impaciente, reconociendo el saludo, y después señaló con gesto adusto al séquito de su padre y los magos, que ya estaba a medio camino.

—Mi padre me ha echado —dijo con evidente incredulidad—. ¿Puedes creerlo, tío? Quería discutir con los magos ciertos asuntos. Creo que ha cerrado un trato con ellos.

—¿Qué clase de trato? —inquirió Galthis, mirándolo de soslayo.

—Los magos quieren crear una orden de los suyos en no sé qué isla, no lejos de nuestras fronteras. Padre ha prometido que Merethia respetará su soberanía durante cinco siglos y que seremos aliados hoy contra esta amenaza común. Además, facilitaremos el comercio con ellos y sus movimientos dentro de nuestras fronteras, y accederemos a crear academias en nuestras principales ciudades para que los jóvenes que muestren aptitudes mágicas sean instruidos en ellas —dijo en una burlona imitación del tono del rey Breol.

—¿Y qué recibiremos nosotros a cambio?

—Eso es lo mejor. Padre ha evitado contármelo, pero tengo mis propias fuentes de información. Los magos le jurarán lealtad desde mañana hasta el día de su muerte.

Galthis maldijo en voz baja, confundido. Desde luego no parecía un trato equilibrado.

—A mí no van a servirme —espetó Cherdean, haciendo aspavientos—. Padre no se ha dignado a exigirles obediencia a esos retorcidos traidores cuando yo sea rey. ¿Crees que querrán arrebatar me la corona creyéndome más débil que padre?

Cherdean a veces era demasiado inseguro y paranoico. Aunque no compartiesen la misma sangre, el muchacho era como de su propia familia y prácticamente lo había criado junto a su padre, cuando vivieron los largos años de tumultos y asedios en Ebedin durante la caída del imperio. Fue allí donde Cherdean perdió a su madre y a dos hermanos y Galthis el brazo derecho. No obstante, fue Breol el que más perdió de todos ellos.

¿Qué era un brazo comparado con la conciencia y el corazón de un hombre?

Galthis suspiró, intentando olvidar unos recuerdos que no le hacían ningún bien.

—No lo creo. Los magos cayeron en desgracia tras la muerte del emperador. Ya no tienen la misma fuerza que antaño.

Cherdean agitó la cabeza y rio con un cierto punto de histerismo.

—Siempre he confiado en tu consejo, tío Galthis, pero creo que ahora te equivocas. El líder de esos magos es el mismísimo Irnon Dei. Dicen que traicionó al emperador y que hundió su palacio, y al resto de la ciudad, bajo el agua. Rompió sus juramentos.

Galthis miró a la comitiva del rey, que ya llegaba a la falda de la colina, y frunció el ceño. Irnon Dei había sido consejero del emperador y líder de sus magos. Lo había conocido treinta años atrás, en la corte. Se decían muchas cosas de ese hombre, algunas de ellas terribles, pero a Galthis nunca le había parecido que fuese alguien tan excepcional como para darles verosimilitud. En todo caso, la leyenda negra de aquel hombre se había extendido durante los últimos veinte años. Los magos imperiales habían pasado de ser respetados a ser odiados durante la revuelta.

Que él supiera, siempre habían despertado el mismo temor entre los balaerianos.

—Ya sabéis cómo es la gente, alteza, siempre dispuesta a extender rumores y exageraciones. Nadie sabe si Irnon Dei apoyó a la familia imperial o a los sublevados, puesto que desapareció al poco de iniciarse la revuelta hasta que prácticamente hubo finalizado. Quizá de lo que habría que acusarlo es de cobardía. En cualquier caso, confiad en vuestro padre. Él sabe que los próximos años son cruciales para Merethia y que contar con el apoyo de los magos, por pocos que sean, sería una ventaja inestimable. Si asegura un reino fuerte para vos a su muerte, no necesitareis ninguna alianza con ellos e incluso podréis forzarlos a acatar vuestra voluntad.

El joven lo miró durante unos segundos, abriendo y cerrando los puños a los costados. Al poco asintió, pensativo.

—Supongo que tienes razón, como siempre —dijo y sonrió—. ¡Por los Tres Radiantes! Lo cierto es que los magos nos vendrían bien para avanzar en nuestra campaña contra los hombres de Norebar. Esos salvajes nos están dando muchos problemas.

—Tengan sangre de bárbaros o no corriendo por sus venas, os aseguro que caerán antes de un año.

Permanecieron en silencio hasta que el rey y su séquito llegaron hasta la cima de la colina. El rey Breol Unseir, tan imponente como siempre, se alzaba más de un palmo por encima de sus acompañantes. Llevaba puesta su corona de oro, acero y rubíes. Rara vez se desprendía de ella, como si necesitara de aquel trozo de metal para recordarles a todos que ya no era un general de familia humilde. De hecho, entre sus

detractores corría el rumor de que en su noche de bodas había fornicado con su mujer desnudo excepto por la corona. Otros decían que se le había visto en las letrinas cagando con ella puesta. La mayoría de aquellos bocazas ahora languidecían en las mazmorras de Ebedin. Al menos, los que aún seguían respirando.

Aparte de su acorazada guardia personal, lo acompañaban tres personas. Irnon Dei era unos pocos años mayor que el rey y el propio Galthis, un hombre en los últimos años de su madurez. Era bajo, de cabello y barba grises, aunque más de la mitad de su cráneo se había quedado ya sin pelo, y ojos de un verde pálido. No había nada destacable en él e incluso sus andares lentos hablaban de un hombre al que la edad empezaba a pasar factura. Tras él avanzaban dos jóvenes encapuchados que, al igual que Irnon Dei, vestían con bastas túnicas de un descolorido color negro. Galthis había oído sus nombres la noche anterior: Varean y Kayla.

—Ponéosla y la magia de los eliir no podrá tocaros, majestad —le decía Irnon Dei al rey en aquel momento.

Un colgante, una estrella de ocho puntas hecha de lo que parecía ser plata muy bruñida colgando de una fina cadena del mismo material, pasó del mago a las manos de Breol, que se la abrochó de inmediato.

—Te lo agradezco, Irnon —le aseguró el monarca, tocando la estrella con la yema de los dedos. Por un instante titubeó, indeciso—. He creído ver algo, pero... no es nada. ¡Mierda, qué fría está!

—El acero-espejo se enfría al contacto con la magia, majestad. Hemos puesto poderosos conjuros de protección en ella para que os protejan.

—Magnífico. —El rey Breol miró a Galthis y a su hijo con una sonrisa triunfal. Sus ojos brillaban de emoción—. Con protecciones como esta podríamos incluso conquistar la Custodia de Athael sin temor a las maldiciones de los eliir.

—Nadie se ha atrevido a tanto, majestad. —A pesar de los muchos años de amistad entre ambos, Galthis respetaba de forma escrupulosa las formalidades para dirigirse al rey—. Quizá deberíamos...

—Se habla de incontables riquezas, artefactos sagrados y toneladas de acero-espejo —interrumpió Cherdean con el mismo brillo en los ojos que su padre—. Imaginaos la ventaja que supondría para nosotros el poder llegar hasta su ciudad invisible y saquearla.

—No os precipitéis, mis señores —intervino Irnon Dei, levantando una mano—. Primero debemos frenar a los eliir aquí y

luego ya veremos de qué formas podemos colaborar para evitar que vuelvan a ser una amenaza.

—No te falta razón —prosiguió el rey, de buen humor—. No amasemos el pan antes de cosechar el grano, como se suele decir. Mago, ¿sabes ya a qué vamos a enfrentarnos?

—Me temo que sé lo mismo que hace trece días, cuando acudí a vos. Supimos que los eliiir atacaron hace un tiempo la nación de Teuril, en el lejano sur. Los relatos son muy confusos, pero se dice que maldijeron las cosechas, los ríos y a sus habitantes, y que están muriendo a millares por el hambre y las enfermedades. Por métodos... no mundanos, hemos sabido que su siguiente objetivo sería Merethia.

—¿Por qué nosotros? —intervino Galthis, entrecerrando los ojos—. No estamos tan cerca de sus fronteras y desde luego no les hemos ofendido de forma alguna.

El mago lo miró como si la respuesta fuera evidente, pero fue el rey quien contestó.

—Porque saben que somos su mayor amenaza y que en el futuro podremos crecer y ser tan poderosos como lo fue Bal Aeronis.

Irnon Dei asintió.

—En efecto, majestad. Además, es bien sabido que están furiosos porque los balaerianos ya no aceptamos su tutela y hemos encontrado nuestro propio camino para servir a los Tres Radiantes. Han perdido el favor de los dioses y nos culpan a nosotros. Tarde o temprano se iba a producir el choque entre ambas civilizaciones. —El mago suspiró, mirando al bosque con ojos pensativos—. Mejor que sea hoy y que podamos elegir dónde y cómo combatirlos.

—Pero ellos son pocos, ¿verdad? —apostilló Cherdean—. Dicen que están huyendo de nuestras tierras.

Galthis asintió, interesado. Recordaba que desde que era un niño los ancianos ya decían lo mismo: los eliiir de Athael se marchaban; los eliiir de Athael no daban señales de vida; la Custodia ya nunca recibía a ningún dignatario de Bal Aeronis. Desde que tenía uso de razón, y probablemente desde mucho tiempo atrás, las gentes de plata permanecían enclaustradas en su bosque... hasta hoy.

Irnon Dei no respondió, sino que miró hacia el lugar donde se encontraba desplegado el ejército de Merethia mientras les hacía un gesto a los jóvenes magos que lo escoltaban. Galthis siguió su mirada, pero fue incapaz de ver nada nuevo.



—Es la hora —anunció Irnon Dei—. Varean, Kayla, trazad el perímetro. Majestad, indicadles a vuestros hombres que esperen a cierta distancia, por si necesitamos de ellos.

Galthis enarcó una ceja, mirando a Breol mientras este daba la orden. ¿Por qué el mago le daba consejos al rey sobre cómo utilizar a su guardia personal, cuando era improbable que fueran a necesitarla? El rey vio su mirada y al instante supo, como tantas otras veces, en qué estaba pensando.

—Tranquilo, Galthis. Los magos creen que los eliiir intentarán asesinarme y han preparado una trampa para ellos. Irnon dice que, siendo pocos y unos pésimos combatientes, será la táctica que con toda probabilidad usarán. Por eso me ha dado el colgante y está preparando otras defensas.

—¡Es demasiado peligroso! —intervino Cherdean, con voz nerviosa.

—¿Y crees que no podrían hacerme lo mismo dentro de una semana mientras duermo en mis habitaciones? No seas imbécil. Los magos tienen razón, mejor afrontar los problemas aquí y ahora.

—Maestro, ¿lo has sentido? —dijo el mago llamado Varean.

Ambos jóvenes se encontraban a unos pasos, a derecha e izquierda del grupo, realizando una serie de gestos como si modelasen algo en el aire. Detuvieron lo que demonios estuviesen haciendo, mirando hacia la linde del bosque. El viejo mago asintió.

—Seguid disponiendo la trampa.

Fue entonces cuando Galthis se percató de que algo ocurría en la vanguardia de las tropas. Primero fue una agitación en la segunda división de infantería. Los hombres corrían, huyendo de algo. Galthis agudizó la vista, pero no había rastro de ningún enemigo que cruzara el río. Después, empezaron a caer al suelo y sonó el lejano estrépito de las espadas y los gritos de los moribundos.

El rey lo miró, con el semblante lívido.

—¿Qué coño está pasando?

—No lo... —se interrumpió, consciente de que no podía darle esa respuesta a Breol—. No diviso al enemigo, majestad. ¡Es imposible que hayan cruzado el río sin que lo veamos desde aquí!

Ante sus ojos, las tres divisiones restantes de infantería convergieron sobre la segunda. El resto mantuvo la posición, pero aquí y allá se veía a algunos de los hombres romper la formación. Dos jinetes, sin duda correos de sus capitanes, partieron desde la posición de la caballería en un veloz galope hacia ellos.

«Bien. Al menos sabremos qué demonios está pasando ahí abajo».

—¡Por los jodidos dioses! ¿Contra quienes pelean? —prosiguió el rey, fuera de sí—. Galthis, ¿les ordenaste aguantar hasta que los eliir traspasaran el río?

Antes de que pudiera contestar, comprendió lo que estaba ocurriendo. El resto de la infantería se acercó al punto donde la segunda división estaba siendo diezmada y comenzaron a luchar y caer a su vez. Pronto fue evidente, por increíble que pareciera, que sus hombres luchaban entre ellos. Amigos contra amigos, hermanos contra hermanos y soldados contra sus mandos. Aquello lo impresionó tanto que abrió la boca para contestarle al rey, pero no encontró palabras y se quedó así un buen rato.

Breol Unseir lo miró apretando los labios mientras su rostro se iba volviendo de un color rojizo. Galthis gimió de forma inaudible; aquello nunca presagiaba nada bueno.

—¡Haced algo, malditos estúpidos! —bramó el rey, escupiendo saliva y gesticulando en uno de sus ataques de ira.

Por suerte, o por desgracia, su furia iba dirigida contra los magos. Irnon Dei permaneció impassible, aguantándole la mirada al soberano.

—Os aseguro que no estamos de brazos cruzados —dijo con voz serena—. Vuestros hombres nos dirán a qué nos enfrentamos.

Efectivamente, los jinetes que antes vieran partir llegaron en un alocado galope, casi al unísono, al puesto de mando. Las monturas esparcieron una nube de tierra y piedras al detenerse de forma abrupta y los hombres descabalaron ante ellos, faltos de respiración.

—¡Informad! —ordenó Galthis—. ¿Dónde está el enemigo? ¿Qué está ocurriendo?

—Sólo hay uno, mi señor, un único eliir —dijo el primero de los jinetes con voz temblorosa—. Un espíritu blanco que comenzó a caminar entre los nuestros y les ordenó que se mataran entre sí. Fue horrible, mi señor. Fue...

—¡Silencio! —dijo Galthis, viendo como la expresión del rey se tornaba más borrascosa con cada palabra. Los magos, en cambio, no parecían sorprendidos.

Aquello no tenía ningún maldito sentido. Lanzó una mirada al otro jinete, pero ese estaba aún más asustado que su compañero y sólo fue capaz de asentir y tragar saliva. Luego dirigió su atención al campo de batalla, donde la caballería estaba barriendo a los arqueros, que disparaban a cualquier objetivo a su alcance. Un nudo se le instaló en el estómago al ver aquella carnicería. Cuando iba a apartar la vista lo

vio. Una lejana figura vestida de blanco que surgía de entre la violenta carga de los jinetes con paso parsimonioso; ajeno al peligro, a la muerte y al caos que lo rodeaba.

Lo cierto era que parecía un espíritu, tal y como habían dicho sus hombres. Un espíritu que presagiaba la muerte de todos ellos.

El rey observó la escena y después miró a Irnon Dei fuera de sí.

—¿Y tú querías que me enfrentara a eso? Me has intentado engañar, mago, tal y como dicen que hiciste con el emperador. Pero yo no lo voy a consentir.

—Majestad, no ha habido engaño alguno. Lo que os di os protegerá de su magia y nos dará tiempo a nosotros para...

—¡Basta! —rugió Breol—. Lo haremos a mi manera. ¡Guardias!

El rey se volvió hacia el joven mago que acababa de terminar su silencioso ritual y lo agarró de la pechera, mientras su guardia personal se acercaba a la carrera hacia ellos. El rey miró a Irnon Dei mientras sujetaba por el cuello con una sola mano al joven, que gemía falto de respiración.

—Haz algo, Irnon, o te juro que...

No le dio tiempo a acabar su amenaza. Con un gesto de sus manos, el anciano lo lanzó por los aires hacia atrás. El rey cayó unos metros más allá y su corona resbaló a un lado, a los pies del joven Varean, que boqueaba en busca de aire. Galthis se sobresaltó al verlo sin capucha pues apenas era un niño.

—Creo que os dais demasiada importancia a vos mismo, majestad —dijo Irnon Dei con desprecio mal disimulado—, cuando es evidente que no sois más que otro estúpido carnicero con corona. Los magos os necesitamos, pero nos defenderemos de cualquier agresión, incluida la vuestra.

Breol Unseir se levantó y rugió de pura impotencia, desenvainando su espada. Cherdean hizo lo propio y Galthis echó de menos los tiempos en que portaba la suya, cuando era un joven con dos brazos y no el general manco del reino de Merethia. El príncipe enarboló su acero, dispuesto a lanzarse contra los magos, pero un gesto de la maga joven lo detuvo en seco. Ante los atónitos ojos de Galthis, la espada de Cherdean vibró y empezó a humear. El pomo se deformó y la hoja se puso al rojo. Luego el metal se alabeó y se fundió cayendo al suelo. Unas gotas entraron en contacto con la mano del joven que aulló de dolor y soltó lo que quedaba de su arma. Cuando tocó el suelo, el metal se había enfriado otra vez y, de hecho, se había separado en lo que

parecía un montón de fragmentos de mineral de hierro, bronce, carbón y tiras de piel.

¿Era ese el verdadero poder de los magos? Habían deconstruido aquella espada a sus materias primas básicas en tan sólo unos segundos. Galthis maldijo, imaginando lo que le haría algo así a un ser humano. El rey intentaba caminar hacia los magos, aún más encolerizado que antes. De alguna manera, sus movimientos se volvieron lentos, como si caminara contra una fuerte corriente y apenas pudiese avanzar.

—¡Quiero la cabeza de esos magos! —ordenó el rey a sus hombres—. Vuestros trucos no podrán protegeros para siempre.

Los veinte hombres, además de los sirvientes y oficiales presentes en la colina, se lanzaron contra ellos desde diferentes ángulos, pero todos parecían afectados por el mismo sortilegio que frenaba al rey. Galthis fue a ayudar al príncipe y le indicó que metiera la mano quemada en la tierra, para aliviarla. Después se encaró con Irnon Dei.

—Tarde o temprano superarán vuestra barrera, mago. Haced con nosotros lo que queráis, pero no saldréis con vida de aquí.

Una sensación ominosa, parecida a cuando la luz desaparecía de repente en un día de pleno sol, lo golpeó. De repente se sintió pequeño e insignificante.

—Me temo que pocos lo harán —susurró Irnon Dei.

Galthis vio horrorizado como la guardia del rey, y los demás hombres presentes en la colina, tomaban sus aceros y los dirigían contra ellos mismos. Pronto la sangre hizo acto de presencia. Algunos se dejaron caer sobre las espadas y otros tomaron sus dagas y se degollaron a sí mismos. Un sirviente que no encontró ningún arma se atragantó con su propia lengua, después de mordérsela y engullirla. Lo más terrible era que ninguno de ellos gritó. Murieron en silencio, sin miedo ni dolor. El viejo general buscó con la mirada al rey, pero él no parecía afectado por la locura que se había apoderado de sus hombres.

Breol era la viva imagen de la desolación mientras observaba al ejército del que estaba tan orgulloso desaparecer en cuestión de segundos.

El rey levantó la vista cuando una figura emergió en un lugar que instantes antes estaba vacío. Era el mismo que vieran antes andando entre sus hombres. Tenía una altura similar a la de un hombre, pero muy delgado. Su pelo era de un blanco sucio, como si hubiese perdido el color, al igual que los ojos, de un desvaído tono acerado. Lo peor, sin embargo, era la piel. Era traslúcida y dejaba entrever los músculos y las

venas que había debajo. El estómago de Galthis se cerró al verlo ¿Eso era un eliir? Las leyendas no hacían justicia a lo terrible de aquella raza.

Un silencio sepulcral se adueñó de la colina, apenas turbado por el lejano sonido de la batalla que proseguía junto al río. El eliir levantó una mano huesuda hacia ellos.

—¿Cómo es posible que podáis resistiros a mí? —Su voz sonaba impasible, en correspondencia con la expresión de su pavoroso rostro—. Ese poder no está a vuestro alcance.

—No mentiste, mago. Me protege —dijo el rey sin perder de vista al eliir.

—¿Magos? Imposible, no tienen ese poder. A no ser que el Maquinador esté ayudándoos, como siempre ha hecho —dijo el ser observándolos de costado, como un ave de presa—. ¿Dónde se esconde? A pesar de sus engaños, soy más fuerte que él.

—Os lo dijimos, majestad —aseguró Irnon Dei, sin hacer caso a las extrañas palabras del eliir—. Las salvaguardias que hemos levantado nos protegen contra su magia. Vos sois el rey más poderoso de la humanidad. A vos os compete la tarea de acabar con esta amenaza y formar una alianza entre Merethia y nosotros, los magos.

—Os lo prohíbo —dijo el eliir.

El ser dibujó un intrincado símbolo entrelazando sus dedos y de alguna forma pareció crecer. Su rostro se estilizó aún más, transformándose en una versión dura e inmisericorde del anterior. Sus ojos se volvieron dos discos dorados y su voz subió en intensidad, llenándolo todo.

—NO HABRÁ FUTURO PARA LOS MAGOS. LOS ANIQUILARÉ A TODOS, LUEGO A SUS FAMILIAS, A QUIENES HAN TENIDO TRATOS CON ELLOS Y POR ÚLTIMO A TODOS LOS DEMÁS HUMANOS. NO MERECEIS ESE DON.

Escuchar la voz de aquel ser era como escuchar al propio trueno hablar. No sólo se oía, sino que se sentía en los propios huesos. El rey lo miró, achicando los ojos y enrojeciendo. Galthis retuvo el aire, seguro de lo que iba a pasar a continuación. Nadie amenazaba a Breol Unseir ni al reino que tanto esfuerzo le había costado levantar.

—Por encima de mi cadáver, engendro. —Breol lo miró de arriba abajo. Galthis sabía que estaba estudiándolo—. Voy a enseñarte de qué pasta estamos hechos los hombres. Los Tres Radiantes serán testigos de que hoy se acaba vuestro tiempo.

—YO SOY TU DIOS. APÁRTATE DE MI VISTA —clamó el eliiir haciendo un lánguido gesto con la mano como si despidiese a un sirviente.

El aire ante ellos formó unas extrañas ondas, haciendo que la imagen del rey se curvase y se retorciese, pero pronto recuperó la normalidad. Breol seguía en pie, como si nada hubiese ocurrido. El monarca rio, como solía hacer antaño, antes de cada combate, y balanceó su espada en un círculo. El eliiir carecía de armas y su complexión era la de un mendigo tísico al lado del poderoso rey.

Breol miró a los magos esbozando una leve sonrisa.

—Me equivoqué con vosotros. Ambos cumpliremos nuestro acuerdo cuando le demuestre a esta asquerosa abominación que sin su magia no es nada.

Galthis sabía que no sería así. El rey nunca perdonaba y no pasaría por alto las ofensivas palabras del mago. Irnon Dei iba a contestarle, pero se detuvo al ver un movimiento. El eliiir apareció de forma súbita tras el rey y cerró la mano formando un puño huesudo dirigido hacia el rostro del sorprendido monarca.

—ERES MENOS QUE NADA.

La cabeza de Breol estalló en un baño de sangre, hueso y sesos al recibir un puñetazo demoledor en el cráneo. Galthis se quedó petrificado al ver los restos de su viejo amigo salir despedidos por el aire y chocar con aquella barrera invisible que parecía protegerlos. La sangre y los sesos caían como a cámara lenta, mucho después de que el cuerpo decapitado se hubiese desplomado. Cherdean, a su lado, casi se atraganta al vomitar ruidosamente a la vez que gritaba de puro pavor.

—¡BLASFEMOS! ¿OS ATREVEIS A USAR LA SEMILLA CONTRA MÍ? —dijo el ser, mirando el puño con el que había golpeado al rey.

La cadena de plata pulida que el mago le había dado al rey envolvía su muñeca, con la estrella refulgiendo con una luz que iba en aumento. El ser tiró de ella, pero toda la fuerza de la que había hecho gala segundos antes no parecía suficiente para arrancársela.

—¡Ahora! —bramó Irnon Dei.

Los tres magos comenzaron a hacer gestos, como si moldeasen el propio aire. La sangre del rey se precipitó hacia el suelo, como si ya no encontrase resistencia alguna en su lánguida caída. De alguna manera el eliiir comenzó a desaparecer, engullido por el colgante. Era como si lo estuviese devorando o como si estuviese cayendo a través de él hacia

la nada. La aturdida mente de Galthis no fue capaz de procesar lo que veía.

—TUS ENGAÑOS SON VANOS, HERMANO. DE UNA FORMA U OTRA LOS ERRADICARÉ A TODOS. ES LO CORRECTO.

El brazo derecho desapareció por entero, pero el colgante siguió unido al eliiir por un torso que se licuaba y retorció como si estuviese hecho de gelatina. Su cuerpo siguió siendo engullido y pronto el rostro volvió a su estado original. Los ojos perdieron la tonalidad dorada y el rostro se crispó cuando se acercó al metal y empezó a ondularse.

—Eres un necio por confiar en ellos, Maquinador. Los humanos son los heraldos del fin de todas las cosas.

Por primera vez fue perceptible algún tipo de emoción en la voz y la mirada del eliiir. Galthis la había visto muchas veces ya y no le costó identificarla: era el crudo y desolador miedo. El ser desapareció por entero y la estrella encadenada cayó al suelo, obedeciendo, por fin, las reglas de la física. Irnon Dei fue hasta ella y la recogió, manchada de la sangre del rey. La levantó para mirarla y suspiró. No parecía un hombre contento.

—Esto es vuestro, alteza.

Galthis dio un respingo, saliendo de su estupor. La joven llamada Kayla le tendía la corona al pálido Cherdean, que reculó y cayó sobre su trasero intentando alejarse de ella.

—No... ¡no! Habéis asesinado a mi padre. Habéis...

—Vuestro padre murió como un héroe luchando contra los eliiir, alteza —intervino Irnon Dei. El colgante había desaparecido de sus manos—. Todos lo hemos visto.

—Lo teníais todo preparado, ¿verdad? —dijo Galthis, no tanto como una acusación sino como la constatación de un hecho.

Irnon Dei se encogió de hombros, tomó la corona de manos de la maga y se la arrojó al regazo a Cherdean, que fue incapaz de ahogar un grito de pavor.

—Las cosas rara vez suceden como uno espera que lo hagan, pero sabéis tan bien como yo que Breol Unseir no era un buen rey y que el tiempo tan sólo lo haría empeorar. Ya hemos tenido suficientes tiranos por un tiempo. Estoy seguro, Cherdean, de que seréis mejor gobernante que vuestro padre.

El muchacho miró la corona, la cogió entre sus temblorosas manos y se incorporó.

—Controlado por vosotros, ¿no es así?

—No. Los magos tomaremos nuestro camino y Merethia el suyo. Siempre que cumpláis el acuerdo que tenemos con vuestro padre, todos viviremos felices. Por un tiempo, al menos.

—¿Es una amenaza?

—Es el futuro, os guste o no.

—Los eliiir, ¿volverán a atacarnos? —intervino Galthis—. ¿Hay otros como él?

—No queda nadie como él —dijo el mago con voz ronca—. No creo que debáis preocuparos nunca más por ellos, siempre que no intentéis entrar en sus dominios.

—Pero hay alguna amenaza, ¿verdad? Noté miedo en sus palabras, al final.

—General, coged al príncipe y haced de él un buen rey. Reorganizad vuestras tropas y conquistaos los unos a los otros, si es lo que queréis. O bien amad, reíd y morid en paz, si sois capaces de obtenerla. Ninguno de los que estamos aquí verá esos días.

—Pero llegarán —terminó Galthis por él.

El mago asintió con el rostro serio.

—Está en la naturaleza del propio mundo que las cosas tengan un principio y un final. Lo único que podemos hacer es intentar retrasar los finales un poco más.

Sus dos jóvenes acompañantes y él les dieron la espalda, dirigiéndose al solitario campamento tras la colina. A lo lejos, en el campo de batalla, el millar escaso de supervivientes deambulaba entre los muertos con expresión aturdida, como si no supieran qué hacían allí o qué había ocurrido. Como si despertaran de una terrible pesadilla y no pudieran asumir que había sido real.

Las brumas sobre el bosque ya se habían disipado. Entonces Galthis supo con seguridad que acaba de ser espectador de algo que había llegado a su final de forma irremediable, dijera lo que dijese el mago. Algo mucho más importante que la vida del primer rey mereciano o incluso que la caída del propio imperio.

El fin de una era.



## Primera parte: una vieja promesa

Jariol lo miró con altivez, seguro de su triunfo. El resto de los riadeim presentes contuvo el aliento mientras el joven mago caminaba con lentitud alrededor de su anciano líder, el magister de la orden.

—Vuestras mentiras son evidentes —le dijo con desdén— y han costado la vida a muchos de nuestros hermanos. ¡Los entregasteis! Sabíais que los hechiceros de Vodhan Kaar los querían con vida, para usarlos en sus terribles rituales. ¿Y qué habéis hecho al respecto? Impedir que nos defendamos y que ayudemos a nuestro pueblo, cuando mayor era su necesidad.

—Sois un advenedizo, Jariol —le espetó el magister, con el miedo asomando en sus ojos—. No tenéis derecho a formular esas acusaciones contra mí y lo pagaréis.

—Tengo todo el derecho, porque ahora sé cuál es la verdad.

Jariol metió la mano derecha entre sus ropajes. Cuando la sacó, una luz azulada brillaba en ella, más brillante que la propia luz de la Torre del Sol a mediodía. Los magos exclamaron con asombro al verla. El joven mago extendió su mano y acercó la luz al rostro del magister, que apartó la mirada, horrorizado.

—Vos lo sabíais, magister. Aun así, hicisteis lo posible para que la orden no se involucrara en la defensa de Balaeron, e incluso hicisteis tratos con nuestros enemigos. ¡Contestad! —rugió Jariol, haciendo que el otrora digno y poderoso magister se encogiera de miedo—. ¿Hay verdad en mis palabras?

—Es cierto —admitió para sorpresa y vergüenza de todos los magos—. Lo hice para salvarnos a todos. Irnon Dei profetizó que llegaría este tiempo de guerra y desgracias. Dejé escrito que el magister desaparecería y la orden quedaría diezmada, si combatíamos. Tan sólo pensaba en el bien de los riadeim.

Jariol volvió a esconder la luz entre sus ropas y miró a su superior con infinito desprecio.

—Habéis confundido los términos, pues sólo pensabais en vuestro bien. El magister desaparecerá, sí, como Irnon Dei profetizó, pero la Orden de los Riadeim seguirá existiendo mucho después de vuestra muerte. ¡Guardianes! Apresad al magister. Esta misma tarde asistiremos a su ejecución.

Nadie de los presentes puso ninguna objeción. Lo cierto es que, cuando el magister salía escoltado de la Sala de los Oradores, los magos se pusieron en pie y comenzaron a aclamar a Jariol como su nuevo y, a la postre, efímero líder.

«De los actos y proezas de Ethan Jariol», de Pelgor de Ebedin, Cap. 12

# 1

## Nieblas del corazón

Un cuervo graznó, dio dos pequeños saltos sobre las almenas y se zambulló en el aire cuando el muchacho llegó hasta lo alto de la vieja torre de guardia abandonada. Al salir a la intemperie, el chico se ciñó sus ropas de abrigo mientras maldecía en voz baja; el tiempo no era bueno a finales de otoño en Merethia. Tras mirar a izquierda y derecha, como si buscara a alguien, se acercó a las derruidas almenas de la torre y observó la ciudad ante sus ojos. El joven intentó divisar la plaza central, pero la fría niebla que sitiaba la ciudad desde la mañana se lo impedía. La pesada bruma se movía con desgana sobre los edificios, alimentada por la húmeda brisa que soplabla del este. En cierto modo, se sentía como si estuviese contemplando el océano desde un promontorio. Un mar triste, gris y opresivo, eso sí, pero él nunca había visto el océano, así que no podía hacer otra cosa que intentar imaginarlo.

—El mar puede ser de muchos colores. —Escuchó que susurraba una voz frente a él. El muchacho dio un respingo, sobresaltado—. Azul, turquesa, negro o rojo como el cielo sangrando mil atardeceres. Rojo... me gusta, sí.

Suspiró abrumado por una intensa y repentina sensación de pesar, pero, a la misma vez, su corazón latía frenético. Volvió a mirar a su alrededor, para cerciorarse de su absoluta soledad en la cima de la torre. El chico masculló algo ininteligible y decidió concentrar su atención en el paisaje. Desde su atalaya sólo alcanzaba a ver el río Faoral y la parte vieja de la ciudad, de la que formaba parte la torre de guardia abandonada. Los restos de la antigua Rynad que habían saqueado y destruido los sanguinarios tarkesios, largo tiempo atrás, durante su invasión. Aquí y allá se veía como una parte de las estructuras defensivas no habían sido nunca reparadas tras aquello, y ahora no eran más que ruinas repletas de malas hierbas. Del viejo Castillo de la Pluma, ubicado cerca del río, no eran visibles más que paredes derruidas, parte de una de las torres y la hiedra que lo invadía, tan implacable en su empeño de tomar sus muros como los propios tarkesios, más de dos siglos atrás.

—Ruina sobre ruina —dijo la misma voz, alargando las palabras—. Nada permanece, todo se marchita y cae. Hubo algo, muy cerca de este lugar. Algo tan oscuro que hiela el alma. Gritó, llamándome por un nombre que no reconozco, pero yo no lo escuché. ¿No oyes los ecos? Sé que me hizo sufrir, pero ahora me susurra palabras dulces y me habla sobre mi destino. ¡No escuches su voz! Deberíamos quebrarnos los huesos y desaparecer para siempre, escapar del dolor y del miedo. Ah, sí, tú también caerás.

—No sé qué quieres decir —contestó el muchacho, distraído—. ¿Tú también escuchas a personas que no existen? No deberías hacerle caso. Eso es lo que dice mi abuelo sobre ti.

Absorto en la contemplación de la ciudad y en su disertación, no oyó como un muchacho algo más bajo que él se acercaba a su espalda hasta que este gritó, cortando en seco sus palabras:

—¡Qué demonios estás haciendo, Kir!

El muchacho se dio la vuelta, sobresaltado, y el brusco movimiento lo hizo desequilibrarse. Con pavor se dio cuenta de que se había subido a las derruidas almenas, aunque no recordaba haberlo hecho en ningún momento. El temor por la caída hizo que intentara asirse a algo, pero así sólo consiguió desequilibrarse más. Gritó cuando sintió que empezaba a caer hacia atrás, pero pareció quedarse suspendido en el aire unos instantes. El otro chico que había subido hasta el tejado alargó una mano, cogiéndolo del cinturón, y tiró con fuerza de él. Por fortuna cayó del lado del tejado de la torre, junto con una parte del barro y la piedra de las almenas. El chico, con el orgullo herido y las rodillas doloridas, respiró profundamente, presa de temblores.

—¿Estás bien? —preguntó su amigo, tendiéndole una mano para ayudarlo a incorporarse. Él tan sólo pudo asentir—. ¿Es que has perdido el maldito juicio, Kir?

El chico lo miró, con el rostro blanco como la leche y los labios apretados.

—No quería decir eso —se disculpó el recién llegado al ver su expresión—. ¿Querías demostrarme algo subiéndote ahí?

—Eso es, Arvand —dijo sin mirarle a los ojos—. Siempre dices que soy una mierda de guardián, un cobarde. Quería que vieses que soy capaz de caminar por el borde, aunque has venido tan en silencio que me has asustado. Has usado la magia, ¿verdad?

—No me vengas con esas —se defendió Arvand con voz tensa, sorprendido por el cambio de tema—. Sabes que no está permitido usarla fuera de la academia y más tras lo ocurrido el año pasado. Eso, aunque pudiera hacerlo.

—Lo siento. He dicho una tontería.

—No pasa nada, Kirius —dijo usando su nombre completo, síntoma inequívoco de que daba el tema por zanjado—. Dejemos ya de disculparnos, por favor. Dime, ¿con quién estabas hablando cuando he subido? ¿Ya vuelves a las andadas?

Kirius miró a su amigo a los ojos y pudo ver como este le miraba con una inusual expresión de seriedad. Era evidente que se había preocupado al verlo subido a las almenas y que no acababa de creerse su explicación.

«¿Acaso puedes culparlo? —pensó con acritud—. Ni yo sé cómo demonios he acabado ahí, pero no puedo decirle que cada día que pasa pierdo más la razón». Sin embargo, no estaba dispuesto a que el Ausente le estropease la conversación con Arvand, ni menos aún a admitir que lo oía cada vez con más frecuencia.

—¿Estaba hablando en voz alta? Pues no me he dado cuenta —mintió, mientras desviaba la vista hacia las brumas sobre la cabeza de su amigo—, ya me conoces. Pero ya has visto lo que ha pasado. Como siempre dices, soy un guardián pésimo.

El otro chico lo miró entrecerrando sus ojos verde oscuros. Arvand era demasiado inteligente para dejarse engañar con tanta facilidad, pero por suerte no insistió.

—Mira, sé que el viejo Olwen te dijo, antes de morir, que tenías porte y aptitudes para ser un buen soldado. Él fue un antiguo miembro de la Guardia Real de Merethia, así que sabía lo que se decía. Pero recuerdo que también te advirtió de que era una vida dura e ingrata. Dime, ¿cuántos guardias reales no cambiarían su vida por la tuya, Kir?

—Me da igual cuantos —contestó el joven, malhumorado—. Yo cambiaría los viejos pergaminos y libros por una espada y una librea roja.

—Aún no acierto a imaginar por qué prefieres sufrir la dura vida militar cuando podrías ser un erudito y has vivido toda tu vida entre libros, aprendiendo de los grandes cronistas, historiadores y poetas.

—Déjalo ya —demandó Kirius, resentido—. Ya hemos hablado de esto. Tú vas a ser un riadeim y no puedes ver las cosas con objetividad. Me alegro de la educación que me ha dado mi abuelo, pero me gustaría tanto ver mundo y hacer... cosas importantes. Como mis padres y los suyos anteriormente.

—¿Y por eso caminas sobre unas almenas viejas e inseguras con una niebla como esta? Así lo único que vas a ver es el empedrado de las calles, y muy de cerca. Creo que le das demasiada importancia a esa historia del dragón y tu antepasado que te contó Gaelon. —Arvand estalló en carcajadas—. Es imposible que te la creas.

—¡Ya sabes que no, idiota! Pero estoy seguro de que hacían cosas más importantes que desempolvar viejos pergaminos.

Arvand borró su expresión burlona, lo miró con seriedad y le apoyó una mano en el hombro mientras decía:

—Tranquilo, Kiriús, sólo te tomaba el pelo. Entiendo que estés dolido porque Gaelon te prometió algo que quizá no pueda cumplir, pero él quiere lo mejor para ti. Los hermanos y tú tenéis una buena vida gracias a su trabajo como bibliotecario de la ciudad. No lo pagues con él sólo porque su edad le impida llevarte a Almeron.

Kiriús asintió con seriedad. Había pasado toda su vida con su «abuelo», un anciano amigo de sus padres que lo había tomado a su cargo cuando estos murieron y nadie más quiso hacerse cargo de él. Gaelon, ese era su nombre, se había ocupado de él desde su más tierna infancia, así que no recordaba a su familia. Al parecer, los dos habían vivido en otros pueblos y villas de Merethia, cuando Kiriús era más pequeño, aunque tampoco guardaba recuerdos de aquella época. Sin embargo, desde hacía poco más de siete años ambos vivían en Rynad. Gaelon era el encargado de la biblioteca de la ciudad y en un reino como Merethia, que se jactaba de ser la residencia de los magos de Balaeron y por tanto de la sabiduría, esa era una posición de muchos privilegios.

Fue aquí en Rynad donde Kiriús había conocido a Arvand, cinco años atrás. Su amigo era un norvadoreano que había sido enviado a Merethia tras demostrar que poseía aptitudes para la magia y, como él mismo, era huérfano. Aunque un gran número de las personas con capacidades mágicas eran merecianos, no era raro encontrar a muchos que provenían de las otras naciones balaerianas dentro de la respetada orden de magos de Merethia: los riadeim. Cuando llegó a Rynad, el mentor de Arvand en la llamada academia de los riadeim, le impuso la tarea de trabajar en la biblioteca «para que se acostumbrara al tacto de los libros».

Una vez que Arvand empezó a ayudar a su abuelo en la biblioteca, no pasó mucho tiempo antes de que ambos jóvenes se hiciesen amigos. Arvand tenía un año más que él, y quizás por eso a veces sentía la necesidad de fanfarronear y tomarle el pelo, pero era un buen amigo. «El único que tengo», pensó Kiriús con amarga sinceridad.

—Lo sé y le estoy muy agradecido, pero mañana es mi cumpleaños y según la tradición me convertiré en adulto. Mi abuelo me prometió hace dos años que entonces iríamos a la capital, a buscar mi herencia y conocer al resto de mi familia.

—¿Alguna vez has pensado en eso de tu herencia? Tal y como te dijo Gaelon, tus padres no tenían nada cuando murieron, eran gente humilde.

—Me conformo con que sea la espada y el escudo de mi padre —respondió tras meditarlo unos segundos—. No deseo nada más.

—Una espada sería una herencia muy preciada —respondió Arvand, de nuevo con la burla asomando en su mirada—. Así podrías buscar a otro dragón como tus antepasados y matarlo. Con suerte, incluso habría alguna bella princesa que te lo agradecería abriéndose de piernas y quizá luego su padre te concedería su mano.

—Eres idiota. Su padre me cortaría la cabeza por deshonrarla —respondió Kirius, esta vez sonriendo.

—Es probable, he oído que a los reyes les divierte cortar cabezas. Al margen de tu futura decapitación, tengo otra mala noticia que darte. —La voz y el gesto de Arvand se tornaron graves—. Como ya te expliqué alguna vez, los aprendices de las tres academias del reino deben viajar al final de su instrucción a la isla de Vorean, a la sede de los riadem.

Kirius asintió mientras toda su alegría se desvanecía, creyendo saber lo que venía a continuación. Ahora comprendía por qué su amigo lo había citado en la torre.

—Debo partir dentro de siete días hacia allí —continuó Arvand—. Estaré en la isla unos años, no sé cuántos, eso dependerá de mi capacidad de aprendizaje. Ya lo ves, te libraras de mí por un buen tiempo.

Kirius no respondió, sino que hundió su mirada en las callejas empedradas de abajo. ¿Librarse de él? Bien sabían los dioses que a veces Arvand y su constante jovialidad podían llegar a ser molestos, pero era su único amigo y no deseaba perderlo. Aunque ambos sabían que ese momento llegaría, y lo habían discutido en el pasado, ninguno creía que se fuese a producir tan pronto.

Dándose cuenta del conflicto interior de su amigo, Arvand le dijo:

—Puedo decirle a Vera que venga a verte, si quieres. Ahora que me voy no me importa, y apuesto lo que quieras a que en la isla tendré compañeras que estarán de buen ver. Dicen que las de Moradhair son puro fuego.

Ambos sonrieron. Vera era una chica de su misma edad, hija de un reputado miembro del gremio de tejedores, que había llamado la atención de ambos jóvenes. Arvand se había ganado las simpatías de la joven, además de sus besos, y eso había significado una herida para Kirius mayor de lo que él mismo quería admitir. Sin embargo, ya había pasado el tiempo suficiente como para que se hubiese dado cuenta de que Vera no le gustaba en realidad. No era la clase de persona que podía comprenderlo. «¿Cómo iba a comprenderte si fuiste incapaz de hablarle con algo más que monosílabos?», le dijo una irónica vocecilla interior.

—No, Arvand, prefiero que no lo hagas. Podré soportar la soledad estoicamente —concluyó con una débil sonrisa y un gesto melodramático.

—Ah, el señor sólo quiere cortejar a bellas princesas y a virginales doncellas. Kir, o espabilas o no quedará ni una sola doncella inocente y pura para que puedas desvirgarla.

—Ya... dejemos ese tema, ¿quieres? Cuéntame más de tu viaje a la isla.

Siguieron hablando durante un largo rato hasta que el sol, o lo poco que se intuía de él tras la cortina de la niebla, amenazó con desaparecer. La oscuridad comenzó a reinar en la ciudad, ayudada por una fina llovizna que comenzaba a caer.

—Será mejor que lo dejemos por hoy —dijo su amigo mientras se frotaba las manos para entrar en calor—, o cogemos unas fiebres.

—Tienes razón. Que ya no podamos hablar con tanta frecuencia, no quiere decir que tengamos que hacerlo hasta que se nos congele la lengua —comentó Kirius con una sonrisa.

—Es culpa mía. Pensé que este sería un buen lugar para nuestra... charla.

«Para nuestra despedida», pensó Kirius, pero asintió, intentando sonreír. La vieja torre de guardia abandonada había sido durante casi cinco años el lugar donde él y su amigo se encontraban tarde tras tarde, el lugar donde habían jugado, hablado y, a menudo, donde se habían pasado horas sin hacer nada; tan sólo viendo el discurrir del río Faoral y el movimiento de los navíos fluviales. Sin embargo, hacía ya meses, desde la inundación, que no venían hasta aquí. La torre solía sumir a Kirius en un ánimo melancólico, pero eso hacía tiempo que había dejado de importarle.

—No vuelvas nunca —dijo la voz cuando empezaban a bajar las escaleras hacia la planta baja—. Este lugar apesta a muerte.

Kirius dio un respingo al escuchar las palabras a su espalda. Por suerte, Arvand bajaba delante y no vio su reacción. Para cuando salieron al camino empedrado que comunicaba una de las calles con la loma en la que se elevaba la torre, Kirius ya había conseguido calmarse, repitiéndose que la voz no era real. A esa hora la actividad en la ciudad comenzaba a decrecer al mismo ritmo que las sombras vespertinas se adueñaban de ella. Sólo había algunos transeúntes que andaban presurosos por las calles evitando, en la manera de lo posible, el aguacero en ciernes.

Kirius sintió la mano de Arvand en su espalda, mientras este le decía:

—Debo irme o me empararé. Dudo que pueda verte mañana, mi mentor me hace trabajar más horas que nunca, ya lo sabes. —Arvand le apretó el hombro mientras le sonreía—. En todo caso, felicidades por tu

cumpleaños y por llegar a la edad en la que eres un hombre. Ya no podré meterme contigo diciendo que aún eres un mocoso.

Kirius lo miró dubitativo.

—Supongo que debería alegrarme, ¿verdad?

Una mirada de disgusto cruzó por el rostro de Arvand, aunque Kirius no supo si era real o fingido.

—Nunca cambiaras, ¿eh? Te irá bien con Gaelon. Seguro que accede a ir a Almeron o enviarte junto a alguno de los hermanos, ya lo verás. — Arvand le sonrió y, mientras daba media vuelta, le aseguró—: Nos veremos antes de mi partida, en cuanto pueda volver a escabullirme. Hasta entonces, que los Tres guíen tu camino, Kirius.

—Que los Tres guíen el tuyo también, Arvand —le respondió mecánicamente, aunque no supo si lo había oído porque ya se había ido corriendo.

El chico comenzó a andar bajo la lluvia hacia la biblioteca, su hogar. Mientras se apresuraba por las calles desiertas, empezó a pensar en lo que había hablado con Arvand y en lo que pasaría mañana. Todo eso le producía una sensación mezcla de miedo y excitación. Mañana podría irse de la ciudad si quisiera, hasta Almeron, o simplemente viajar y ganarse la vida como pudiese. Sabía que tenía esa posibilidad, pero no lo haría. Le debía demasiado al hombre que llamaba abuelo como para abandonarlo, aparte de su temor a abandonar su vida conocida. Eso por no hablar de su falta de montura, espada y de entrenamiento con las armas.

El viejo Olwen, con quién había trabado amistad dos años atrás, le había dejado lanzar estocadas con su vieja espada contra unos fardos de lana. Esa había sido toda su relación con las armas hasta el momento. Era lo bastante inteligente para saber que esas torpes lecciones no le servirían de nada en un combate real. El viejo soldado, a cambio, esperaba de él que escuchase sus interminables relatos y supuestas hazañas. Le decía que, con su altura y su espíritu luchador, significara eso lo que significase, podría convertirse en un buen Guardia Real, algún día. «Te falta endurecerte, hijo. Ahora eres tan blando como la arcilla y tan frágil como las flores de primavera», le había dicho en varias ocasiones. Kirius sabía que tenía razón; un Guardia Real debía ser valiente, no un muchacho que se asustaba hasta de su propia sombra. Por suerte, Olwen también le había dicho que el carácter de un hombre se forjaba con el tiempo y la disciplina. Eso, de alguna manera, mantenía vivas sus esperanzas de ser como su padre.

Siempre pensó que el anciano le dejaría su espada a su muerte, pues no tenía familiares ni a nadie más que se preocupara por él, mientras malvivía en la parte vieja de la ciudad. Por desgracia, durante el



desbordamiento del río Faoral y la posterior inundación, la espada se perdió en el lodo y el anciano se ahogó en su lecho.

Mientras entraba en la amplia y adoquinada plaza mayor, recordó las absurdas y siniestras palabras que le había escuchado al Ausente en la torre. Lo peor era que, mientras atendía a la voz, había estado a punto de caer de la torre y ni siquiera se había percatado de ello. No era la primera vez que hacía algo tan estúpido y peligroso al escuchar al Ausente, sin querer. Una vez, casi dos años atrás, se había lanzado al agua del río Medis en una zona de fuertes corrientes. La rápida intervención de Leram había evitado que se ahogase. Lo peor eran las ocasiones en las que la voz de su cabeza hablaba de sangre y de... matar. Kirius era incapaz de soportarlo y más de una vez había chillado, intentando acallar a la voz con sus gritos. No lo había conseguido.

Pasó entre la columnata que rodeaba la vieja, aunque bien conservada, biblioteca, y se dirigió al pequeño edificio anexo que era su vivienda. Entró sacudiéndose toda el agua y el barro que pudo de sus botas. Si Doiran le pillaba ensuciando los suelos que tanto trabajo le costaban limpiar, se ganaría una buena.

Doiran y su hermano Leram eran huérfanos que, como en su propio caso, Gaelon había tomado a su cargo. La diferencia estribaba en que Kirius llevaba viviendo con su abuelo desde que podía recordar, y los hermanos habían sido tomados bajo la protección del anciano meses después de llegar a la ciudad y hacerse cargo de la biblioteca, siete años atrás. Ahora Doiran contaba con veintidós años y Leram con tres más. Ambos tenían una educación casi digna de un noble, tras las pacientes lecciones de Gaelon para convertir en hombres de provecho a aquellos dos desharrapados ladronzuelos que había tomado a su cargo. Lo había conseguido sorprendentemente bien, mejor que con él mismo, creía Kirius. Al menos ellos no escuchaban voces inexistentes ni eran unos lunáticos incapaces de controlar sus actos.

El muchacho suspiró, intentando olvidar los sucesos de la tarde. Pronto llegó hasta la sala del hogar, donde se encontraba atareado Doiran, limpiando mientras silbaba una vieja canción de cuna. El hombre era más bajo que el chico, de piel clara, como la mayoría de los balaerianos, y pelo castaño claro. Su rostro era bastante ordinario, aunque a veces dejaba traslucir cierta malicia, quizá una reminiscencia de su pasado, de cuando sobrevivía junto a su hermano del pillaje en las calles de la ciudad. Al oír sus pasos, Doiran se volvió con una mueca.

—¡Por la sangre de Jariol! Así que vuelves a estas horas y, además, empapado.

—Lo siento, Doiran. Se me hizo tarde, pero me he limpiado al entrar.

Doiran miró al suelo y, tras comprobar que todo seguía tal y como lo había dejado, se dio la vuelta y continuó con su tarea.

—Ahí tienes tu cena —dijo señalando hacia la mesa, donde le esperaba un humeante cuenco de cerámica que contenía un caldo de trigo, avena y carne—. Cuando termines, ¿podrías ayudarme con esto? Se me acumula el trabajo.

—Es verdad, había olvidado que Leram aún no ha vuelto de su viaje. ¿Sabes si es un encargo del abuelo?

—Así es. Leram me comentó que debía entregarle un mensaje de Gaelon a un hombre en el sur, pero no quiso decirme nada más. Ya hace seis días que se fue, pero espero que no se demore mucho. El polvo de la biblioteca y yo lo echamos de menos.

Siguieron hablando mientras el chico cenaba. De los dos hermanos, Doiran era con el que Kirius mejor se entendía, quizá porque era el menor. Al terminar, lo ayudó a limpiar la cocina. Mientras frotaba con ahínco un puchero que se resistía a desprenderse de la capa de grasa que lo recubría, Kirius miró dubitativo a Doiran, que hacía lo propio con una ennegrecida cacerola, y por fin le preguntó:

—Oye, Doiran, ¿no tienes...? ¿No tienes la impresión de que esta vida es más apropiada para las mujeres que para ti? Quiero decir que...

El hombre soltó una carcajada, interrumpiendo al muchacho.

—Mira, Kirius, sé lo que quieres decir, pero ya hace tiempo que descubrí que el mundo está formado por líderes y seguidores, y yo no soy ningún líder. Hay que aceptar lo que la vida te tiene reservado. Prefiero servir a tu abuelo que estar en las calles, robando o haciendo cosas peores. Es una forma de agradecerle lo que hizo por mí.

—Pero debe de resultarte muy duro pasar toda tu vida aquí, sin saber lo que hay ahí fuera ni ver otros lugares. Tan sólo limpiando y cuidando de libros viejos.

—¿Seguro que hablamos de mí? —Doiran sonrió, comprensivo—. Ah, muchacho, sé lo que te pasa. Es lo que nos pasa a todos a tu edad. No debes preocuparte, estoy seguro de que tu abuelo no quiere que acabes tu vida entre fogones y cacerolas —dijo mientras le hacía un guiño.

—Debo tener paciencia, ¿verdad?

—Saber esperar es una virtud, una que aprendí hace años y que podía significar la diferencia entre comer o pasar hambre —se sinceró—. Gaelon quería que fueses a verlo antes de que te acostaras. Hazme un favor y no lo martirices demasiado con ese tema. Hoy no se sentía muy bien y se retiró temprano a su habitación. Hasta mañana, Kir.

Kirius se despidió y salió de la cocina hacia la habitación de su abuelo, situada al lado de la suya propia. Al abrir la puerta y observar la pequeña

estancia, distinguió en la oscuridad los familiares contornos de las estanterías repletas de libros y pergaminos. Dirigió la vista a la cama y pudo ver la silueta de su abuelo en ella y, al cabo de unos momentos, escuchó su respiración fuerte e irregular. Aquello le preocupó. Su abuelo siempre había gozado de buena salud, a pesar de tener casi setenta años, pero en estos últimos meses su avanzada edad se había hecho patente.

—Kirus, ¿eres tú?

—Sí, abuelo. He venido a ver cómo estás.

—Como siempre, ya lo ves. —En ese momento tuvo un acceso de tos que hizo que levantase el torso de la cama. Kirus corrió a ayudarlo—. Estoy bien —consiguió articular al cabo de unos momentos—, sólo es un maldito resfriado.

Kirus lo miró con suspicacia, pero Gaelon le ignoró y señaló una copa de cerámica en un aparador, a unos pasos de la cama.

—Esta tarde hice llamar a Ibros, el Sanador, y me bebí todos los asquerosos potingues que me dio. Sus palabras fueron: «Es una fiebre pasajera. Guarda cama durante un par de días y se te pasará».

Kirus tomó la delgada mano de su abuelo con la suya.

—Yo me ocuparé de que no te levantes hasta que te recuperes. Recuerda que pronto debemos emprender un viaje.

—No necesito que me traten como a un tullido, jovencito —protestó el anciano—. Y desde luego no me gusta esa obsesión tuya con ir a... la capital. En vez de pensar tanto en el pasado, deberías concentrarte en aprender cuanto puedas para el futuro. —Kirus arrugó el gesto, en claro desacuerdo, y el anciano suspiró—. Harás ese viaje, Kirus, aunque quizá tarde un poco más de lo que te gustaría.

—¿Más? Abuelo, lo prometiste. Mañana seré un hombre y sé que podría irme a Almeron a alistarme en la Guardia Real, como mi padre. Esa es su herencia, ¿verdad?

—¿Qué estupidez es esa? —dijo Gaelon levantando el tono de voz—. ¿De dónde has sacado esas ideas?

—Tú me dijiste que fue un luchador excepcional, de los mejores de la capital. Yo supuse...

—No supongas nada, jovencito. Tienes demasiada imaginación para tu propio bien.

—¿Imaginación? —Kirus miró al suelo, abatido—. Quieres decir que invento cosas, pero esto no lo ha dicho el Ausente. Esto es algo que sé en el fondo de mi corazón. Debo ser como él, seguir sus pasos, para dejar de sentirme así y para que los demás no me...

—Kirius —lo interrumpió el anciano con voz tensa—, olvídate de esa maldita voz. No existe ningún Ausente. Si eliges confiar en ti mismo, sé que tendrás la fuerza para hacer todo aquello que te propongas.

—Abuelo... no puedo. Hoy casi...

—Continúa.

—No es nada. —Kirius negó con la cabeza y suspiró—. Cuando hablas de mi padre tu voz suena diferente. Lo admirabas, lo sé. En cambio, conmigo...

—Tu padre fue como un hijo para mí. Él y tu madre me fueron muy queridos. No debes ser como él, debes ser mejor, pero eso no debe obsesionarte. Algún día entenderás que, aunque rara vez los caminos son fáciles para nadie, no todo el mundo debe atravesar un muro de zarzas como tú.

Kirius asintió con renuencia, no muy convencido.

—Tendré paciencia y no haré caso al Ausen... a la voz —prometió.

—Eso espero. Recuerda lo que siempre te he dicho: no esperes nada de nadie. Sólo puedes fiarte de ti mismo.

—Ojalá pudiera hacerlo... ¿Por qué me siento así? ¿Por qué oigo esa voz?

—La Plaga, hijo mío, ya lo sabes. A algunos les dejó terribles secuelas. Recuerda que nada de eso es real. Aprenderás a ignorar todas esas cosas y entonces emergerá el verdadero Kirius que hay ahí dentro —le susurró su abuelo con ternura.

—Gracias. Creo que necesitaba oírte decir eso.

—Lo sé, pero de hecho quería hablarte de otro asunto.

—¿De qué se trata?

—Hace unos días mandé a Leram a Moradhair para que trajese a una persona aquí. —Un nuevo y violento ataque de tos impidió que el anciano siguiese hablando. Rechazó con un gesto la ayuda del muchacho y se rehízo—. ¡Déjame! Ya te he dicho que no es nada.

—Creo que te estoy cansando demasiado. —Kirius se incorporó y arropó al anciano—. Es mejor que me lo cuentes mañana.

—¡No! Esto no puede esperar —interrumpió su abuelo con la voz cargada de una determinación tal, que le hizo detenerse en seco—. Esa persona es un hombre llamado... Terion. Lo conocí hace mucho tiempo, pero hace años que no le veo. Tan sólo he recibido dos cartas suyas en dieciséis años.

Mientras su abuelo se perdía en viejos recuerdos, Kirius se preguntaba quién era el tal Terion. No se le escapaba el detalle de que hiciese dieciséis años que ese hombre y su abuelo no se viesan, justo

cuando él había nacido. ¿Era posible que fuese alguien de su familia que no había querido ocuparse de él cuando quedó huérfano?

—Ese hombre, que espero esté aquí mañana, es una persona honorable. —Kirius asintió, sin saber demasiado bien adonde quería llevarle su abuelo—. Quiero que me prometas una cosa, Kirius: que lo obedecerás y confiarás en él, porque quiere tu bien, como yo.

El chico miró al anciano con extrañeza. ¿A qué venía todo esto ahora? Su abuelo se mostraba excéntrico a veces, pero este no parecía uno de sus caprichos. En todo caso, sentía que todo esto tenía mucha importancia y un significado que se le escapaba.

—¿Lo harás, hijo mío? —lo apremió Gaelon.

—Si crees que debo hacerlo y confías en él, bueno... supongo que sí. Pero dime, ¿quién es ese hombre? ¿Vivirá aquí, en Rynad, con nosotros? ¿Por qué no me habías hablado de él?

—Jovencito, deja de hacerme preguntas. Tú mismo lo dijiste, necesito descansar. Espero que mañana puedas preguntárselo a él mismo, si así lo deseas. Ahora ve y descansa.

Aquello sonaba a excusa más que a otra cosa, pero lo dejó estar después de que otro ataque de tos volviese a dejar al anciano sin respiración.

—Tienes razón. Mañana hablaremos de todo esto. Buenas noches.

Cuando el chico iba a darse la vuelta, el anciano lo retuvo agarrando su mano. Sin mediar palabra se incorporó lo suficiente para darle un beso en la mejilla mientras lo abrazaba.

—Buenas noches, Kirius.

El muchacho salió de la habitación, perplejo. Ni su abuelo ni él solían ofrecer muestras de afecto, ni entre ellos ni con los demás. No obstante, el anciano, en los últimos tiempos, parecía estar cambiando su forma de ser y se mostraba más cercano a él, si bien de una forma tímida y torpe. A Kirius esas muestras de cariño le resultaban, a la vez, violentas y fascinantes. Tras cerrar la puerta tras de sí, no pudo oír las palabras murmuradas del hombre que llamaba abuelo, segundos después de su marcha.

—¡Qué ironía! Mi tarea termina cuando él se convierte en un hombre. He cuidado a tu hijo lo mejor que he podido, pero me temo que no ha sido suficiente. —El anciano no parecía dirigirse a nadie en particular, sino que miraba con ojos llorosos hacia el techo, como si pudiese ver el cielo que este escondía de su vista—. Él sufre, lo veo, pero no merece cargar con nuestros errores. Sólo pido un par de días más, hasta que Terion llegue y me dé su palabra de que lo mantendrá alejado de ellos. Es lo único que pido.

El anciano se pasó una mano temblorosa por los ojos y se limpió las lágrimas.

—Lo peor ha sido tener que mentirle todos estos años, pero era lo mejor para él. Estoy seguro de que ambos lo aprobaríais. Eso quiero creer. —Soltando un largo suspiro, Gaelon se removió inquieto en su lecho—. Que la bendición de los Tres esté contigo, Kirius. Tú la necesitas más que nadie.

Pocos metros más allá, Kirius se desnudaba y se metía en el lecho. Antes de apagar la única vela que alumbraba su espartana habitación, pensó en todos los sucesos del día. Hoy había sido uno de esos días en que ocurrían multitud de cosas que no podía controlar, uno de esos días que a él no le gustaban. Su enajenación transitoria en la torre y la marcha de Arvand lo entristecían, pero la desconcertante actitud de su abuelo y la llegada de aquel extraño a su hogar le preocupaban. ¿Cómo se llamaba? Terion, ese era su nombre. ¿Por qué su abuelo le había pedido que confiara en él apenas unos minutos después de recordarle que sólo debía confiar en sí mismo? No tenía sentido. Gaelon siempre lo había prevenido contra los extraños. Todo eso sumado a que mañana cumpliría los dieciséis años. Había algo en todo aquello que no le gustaba. «Es miedo a lo desconocido», pensó. Aún recordaba aquella vez que su abuelo le había explicado que la humanidad temía a lo desconocido, era su capacidad para controlar ese miedo lo que distinguía a los hombres mediocres y mezquinos de los que no lo eran.

En la soledad de su habitación, Kirius juró que sería capaz de afrontar lo que le deparase su vida como adulto, y de aceptar lo que fuese que se encontrase en Almeron cuando fuese con su abuelo. Tras recitar una plegaria a los Tres para que el anciano se recuperase pronto, y pudieran hacer el viaje, Kirius apagó la vela de un soplido y se arrebujó entre sus mantas, intentando que el sueño llegase lo antes posible. No lo hizo. Pasó un buen tiempo en vela, intranquilo, y cuando al fin empezaba a conciliar el sueño, le pareció escuchar una voz susurrante que surgía de al lado de su cama.

—La muerte se acerca, pero no siempre es un final. A veces no es más que un engaño.

Miró sobresaltado en aquella dirección, pero no había nadie allí. Sólo vio las densas sombras de su habitación, que parecían arremolinarse como la niebla que había visto esa misma tarde. Cerró los ojos con fuerza y procuró no pensar en nada. Por fortuna consiguió dormirse unos minutos después, aunque soñó con cosas desagradables que no pudo recordar después.

## 2

# Sueños enterrados

Fueron los ruidos de pasos y voces los que poco a poco lo despertaron. Pasó algunos segundos desorientado en el lecho, hasta que miró por la única ventana de su habitación, que daba a la plaza mayor de Rynad, y comprobó que aún no había salido el sol. Llovía con fuerza y los truenos retumbaban en la lejanía, como si una enorme bestia gruñera una advertencia. Pero ¿qué era todo ese jaleo que lo había despertado cuando ni siquiera había amanecido? En ese momento volvió a oír voces en el pasillo, al otro lado de la puerta. Las voces cuchichearon un momento y luego callaron. Kiriús se estaba levantando, decidido ya a investigar qué estaba pasando, cuando la puerta se abrió y Doiran apareció en la entrada con una lámpara de aceite en la mano. Algo en su expresión puso sobre aviso al joven.

Kiriús, descalzo sobre el frío suelo y vestido sólo con la amplia camisola que le servía para dormir, formuló con miedo la pregunta:

—¿Va todo bien?

El otro apoyó su peso ora en un pie ora en el otro, como si reuniese fuerzas para hablar.

—No. Será mejor que vengas conmigo —dijo por fin—. Tu abuelo... Gaelon está muy enfermo. Ibros cree que no vivirá más allá de hoy.

Kiriús jadeó y dio un paso atrás, consternado. ¿Era eso lo que había temido anoche y la causa de que su abuelo se hubiera mostrado tan extraño?

—¿Cómo es posible? Él dijo... me aseguró que no era grave.

—Nos mintió a los dos. Ibros me ha dicho que ambos sabían que le quedaba poco tiempo desde días atrás, pero Gaelon le pidió que no dijese nada. Al parecer no hay nada que pueda hacerse —finalizó con tristeza.

—¿Es... está consciente? —preguntó el chico con voz vacilante.

—Me temo que no. Cuando lo descubrí hace un rato casi no podía hablar y, tras la llegada de Ibros, cayó en la inconsciencia. Es lo mejor para él —añadió al cabo de unos momentos—, no es una enfermedad indolora. Vamos, será mejor que vayas a verle.

Con los labios apretados, Kiriús siguió a Doiran hasta la habitación de su abuelo. Dentro estaban el viejo Ibros, a quien ya conocía, y su

ayudante, un joven aprendiz de su misma edad. Sin embargo, Kirius los ignoró y se dirigió al lecho del enfermo. Su abuelo parecía más vulnerable y pequeño que nunca. La mata de pelo gris estaba pegada a la frente por el sudor y el rostro estaba muy pálido. Mantenía la boca entreabierta y los ojos cerrados. Lo peor era su dificultad para respirar. Cada vez que lo hacía emitía un ruido sibilante, como si sus pulmones luchasen por cada bocanada de aire, que hacía que al chico se le encogiese el corazón.

Kirius se volvió hacia el viejo Ibros, que en ese momento estaba mandando a su ayudante fuera con algún recado, y le rogó:

—¿No hay nada que podáis hacer por él? Es vuestro amigo.

Ibros sonrió con tristeza e intentó apoyar una mano en el hombro del chico. Kirius rehusó el contacto de forma instintiva. El sanador agitó la cabeza, apenado.

—Bien saben los dioses que haría cualquier cosa por salvar a un hombre tan bueno y sabio como Gaelon, pero sanar el mal que lo aqueja está más allá de mis posibilidades. Lo único que puedo hacer ahora es aliviar su dolor hasta que el Creador lo reclame a su lado. Se fuerte, muchacho, Gaelon ha vivido mucho y no querría que te apenases por él.

Intentando contener el dolor y la pena, se sentó el resto del día junto al lecho, velando al enfermo. A lo largo de esa jornada pasaron muchas personas a interesarse por la salud de su abuelo. Gaelon era una persona conocida y respetada en Rynad, aunque cuando estaba sano no parecía suscitar tal interés, que Kirius supiese. Entre esas personas estuvieron Koannos, el mentor de Arvand, y su propio amigo. El joven intentó consolar a un abatido Kirius, pero no lo consiguió. Koannos besó las pálidas mejillas del enfermo y dijo que los riadeim echarían en falta a un buen amigo. Con promesas de que volvería al día siguiente, Arvand se marchó junto a su mentor. A media mañana pasó también el reverendo de Rynad, la máxima autoridad religiosa de la ciudad. El religioso velaría personalmente por el alma de Gaelon hasta que esta abandonase su cuerpo para reunirse con el Creador. Era muy inusual que un religioso de ese rango asistiese la muerte de un simple plebeyo y no de un noble, como dictaba la costumbre. El reverendo, cuyo nombre real nunca era usado, comentó que Gaelon y él habían sido buenos amigos, y que el anciano había hecho mucho por Rynad y el saber. Se instaló junto a la cabecera, rezando por el alma del enfermo a los Tres y para que el Creador lo acogiese cuando muriese. Así se pasó el resto del día, recitando de forma esporádica pasajes del *Trividion*, el libro sagrado de la religión de Balaeron.

Kirius se sentía cada vez peor con todos esos extraños pululando por su casa en un momento como este. ¿Es qué no podían entender su dolor? Se sintió aliviado cuando, a media tarde, cesaron las visitas y sólo



permanecieron en la habitación el reverendo, Ibros, Doiran y él mismo. Gaelon seguía igual, durmiendo gracias a las pócimas que le suministraba Ibros. De vez en cuando murmuraba algo ininteligible con voz ronca, pero nunca despertaba. El reverendo había dejado de recitar sus oraciones y ahora esperaba en silencio junto al enfermo. En su rostro se insinuaban, cada vez con más claridad, el pesar y el cansancio.

Ibros comentó que la enfermedad de Gaelon parecía ser una de las derivadas de la terrible Plaga, la que había asolado Balaeron más de siete años atrás. Kirius sabía, por palabras de su abuelo, que ambos habían sido los últimos viajeros en ser admitidos en Rynad, antes de que la ciudad cerrase sus puertas para que la enfermedad no se extendiese por ella. Habían tenido suerte, la Plaga no entró en Rynad, pero había diezclado otros muchos núcleos de población, como la misma capital. Él mismo había enfermado antes de llegar hasta la ciudad. Pudo recuperarse, por fortuna, aunque seguía sufriendo graves secuelas. La Maldición de la Sangre, como también se la llamaba, atacó especialmente a las mujeres, morían dos o tres por cada hombre, pero ahora no era más que un recuerdo; un terrible y amargo recuerdo para las gentes de Balaeron. Respecto a su origen, se habían oído las más descabelladas teorías, pero la mayoría aceptaba que era una maldición enviada por los diabólicos hechiceros tarkesios del sur. Y ahora Kirius se enteraba de que los médicos y físicos especulaban con que la Plaga se había debilitado en docenas de nuevas enfermedades mucho menos virulentas y contagiosas. Las teorías de que la enfermedad era una invención con vida propia de los hechiceros del sur le parecieron más verosímiles que nunca.

Había anochecido ya cuando Kirius sintió como alguien le tocaba con suavidad. Se despertó con un sobresalto y se dio cuenta de que se había quedado dormido en la silla, cerca del lecho del enfermo. Quién estaba junto a él era el reverendo, que lo miraba con simpatía en un rostro marcado por la preocupación.

—Joven Kirius —dijo su nombre con una entonación extraña, como si no acabase de sentirse a gusto al pronunciarlo—, será mejor que vayas a descansar.

El chico abrió la boca, dispuesto a protestar, pero el reverendo lo interrumpió alzando una mano.

—Llevas aquí todo el día y debes descansar o enfermarás tú también. Nosotros nos quedaremos con él y si ocurre algún cambio te avisaremos.

El joven se dio cuenta de la sensatez de aquellas palabras y se incorporó, mientras todas sus articulaciones protestaban por ello.

—Tenéis razón, eminencia. Descansaré algunas horas.

Salió desorientado al pasillo, pensando en cuanto más tendría que sufrir su abuelo antes de que todo acabase. Estaba abriendo la puerta de su habitación cuando escuchó el grito de aviso de Doiran. Se dio la vuelta y corrió de vuelta hacia la habitación del enfermo. Al entrar pudo verlos a todos mirando hacia el anciano, que había abierto los ojos. Su mirada estaba empañada, como si no pudiese ver, y un hilo de sangre que le caía de la nariz comenzaba a resbalarle por la boca. Con un gran esfuerzo levantó la cabeza y barrió la habitación con la mirada, sin reconocer a los allí presentes. Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en Kirus, una sonrisa ensangrentada se dibujó en su rostro.

—Dalien —dijo con una voz llena de ternura—. Acércate a tu viejo maestro.

Kirus titubeó, indeciso, pues Dalien era el nombre de su difunto padre. Sin duda, su abuelo deliraba. El reverendo, que miraba la escena con una expresión indescifrable, hizo un gesto, animándole a obedecer. Kirus se acercó al enfermo y le tomó la mano.

—Estoy aquí, abuelo —dijo el muchacho, aunque el anciano no pareció oírle.

—Ah, Dalien, mis días se acaban. Necesito que me perdones por fallarte, por haberte abandonado cuando más me necesitabas.

Kirus lo miró, sin saber qué decir. El anciano lo miraba sin verlo, esperando algo.

—No pude salvarla a ella ni he podido salvar a tu hijo de sus demonios. Yo... —Un rictus de dolor pasó por el rostro del anciano y le impidió terminar. Recostó la cabeza y empezó a sollozar, balbuciendo—. Da... lien, perdóname... dejar... con él...

Un ataque de tos hizo que su abuelo se sacudiese como una marioneta rota. Kirus vio como la sangre manaba de los labios e incluso de los ojos de su abuelo, cuando este quedó exangüe en el lecho. Se desangraba y fue consciente, con una claridad terrible, de que su pecho ya no se movía.

—¿Abuelo? —musitó con la voz rota.

La sangre dejó de manar justo cuando Ibros se adelantaba y cubría con una manta de pieles a su viejo amigo, mientras murmuraba una plegaria. El reverendo también rezó, mientras el brillo de las lágrimas era patente en sus ojos.

—Será mejor que vayas a descansar —le dijo Ibros—. Tu abuelo ya no sufre, va camino a Aelys, al amparo del Creador, y tú ya no puedes hacer nada más por él. Nosotros nos encargaremos de su entierro.

—Era un mentiroso, estamos mejor sin él. —Pudo oír que decía la voz que hablaba en su cabeza en un tono implacable—. ¿Lo he matado

yo? Es hermoso. Quiero hacerlo una y otra vez, hasta ahogaros a todos en un mar de sangre.

Una carcajada resonó en la habitación, llenándola de ecos. Kiriús agitó la cabeza en un gesto de extraña confusión, aturdido por la situación. El dolor que esperaba sentir se esfumaba como el humo para ser reemplazado por un júbilo irrefrenable. Las lágrimas que había empezado a derramar le surcaban el rostro siguiendo el contorno de una sonrisa. Se sintió miserable por alegrarse de la muerte de su abuelo, pero le fue tan imposible no hacerlo como de detener los latidos de su propio corazón. Los demás lo miraron con consternación y extrañeza, observando su reacción. Él, incapaz de soportar esas miradas acusadoras, se dio la vuelta y corrió hacia su habitación, mientras una risa triunfal pugnaba por escapársele de la garganta.

—Kiriús... —empezó Doiran.

—¡Dejadlo! —intervino el reverendo—. Todos asimilamos la pérdida de un ser querido a nuestra manera.

Despertó por algún ruido proveniente de la plaza que llegaba hasta él a través de la ventana por la que se filtraban rayos de sol. Se sentó, aturdido, en el camastro. Se había acostado con la ropa puesta. Recordó que tras la muerte de su abuelo se había encerrado en su habitación, sin querer hablar con nadie, pero no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Fue casi al amanecer cuando el cansancio lo llevó por fin al ansiado sueño. Kiriús se dio cuenta de que era muy tarde, más del mediodía, y agradeció que nadie hubiese intentado despertarlo antes. El sueño había aclarado sus ideas y ya no sentía la absurda alegría que lo había embargado tras la muerte de su abuelo. Ahora sólo sentía tristeza y vergüenza.

En ese momento se percató de que seguía oyendo el ruido que lo había despertado. Parecían los cascos de un caballo al galope, resonando con fuerza en el adoquinado suelo de la plaza. Eso le llamó la atención, no se solía cabalgar por la plaza mayor de Rynad y menos aún hacerlo al galope. La curiosidad lo impulsó a abandonar el lecho y acercarse a la ventana para abrir los postigos de madera y espiar fuera. Dos jinetes cabalgaban por la plaza. No sin cierta sorpresa reconoció al más bajo. Era Leram, tan parecido a su hermano, aunque más corpulento, que cabalgaba tras otro hombre. Fue este quien capturó la atención del muchacho. Era alto, quizás un palmo más alto que él mismo, vestía con ropas pardas, pantalones de cuero y con una capa de viaje parcheada en varios puntos. Al llevar la capucha echada no pudo ver su rostro, pero la espada que

portaba envainada atrajo su mirada al instante. Poco después salieron de su campo de visión, pero no había duda, se dirigían hacia su hogar.

Por un momento permaneció confuso, pensando en la identidad de aquel extraño, pero entonces lo recordó. ¿Era este el hombre en el que su abuelo quería que confiase? ¿Era el llamado Terion? Sus cavilaciones se vieron interrumpidas cuando escuchó abrirse la puerta principal y ruido de voces y pasos presurosos. Tras unos instantes de duda, Kirius abrió a su vez la puerta de la habitación y se asomó al pasillo en silencio. En él se encontraban los hermanos y el extraño. Pudo escuchar como Doiran les hablaba, explicándoles lo sucedido sin que ninguno se percatase aún de su presencia.

—... ayer cuando empeoró. Ibros no pudo hacer nada por él, pero sus medicinas le evitaron lo peor de la enfermedad. Murió poco antes de la medianoche.

El extraño, ahora con el rostro descubierto, se pasó la mano por la cara y por la corta barba, mientras una expresión de dolor surcaba sus rasgos. El hombre era alto, fuerte y bien parecido. Debía rondar los cuarenta años. Tenía el cabello de un rubio casi blanquecino, largo, y pálidos ojos azules. Kirius tuvo dificultad en situar sus orígenes; gran parte de los habitantes de las naciones de Balaeron se parecían mucho entre sí.

El recién llegado pareció por fin aceptar la mala nueva y dijo con resignación:

—Cabalgamos lo más aprisa posible desde el sur. Gaelon me lo explicaba todo en su mensaje y me rogaba que viniese cuanto antes, pero esa tormenta nos cogió ayer en mitad del camino. Perdimos mucho tiempo intentando guarecernos de ella. —Una expresión de pesar se apoderó de él, aunque su voz era calmada y no dejaba traslucir nada—. Me hubiese gustado hablar una última vez con él. Le debía unas disculpas a vuestro apadrinado.

Dejó el último comentario sin explicar y los hermanos no quisieron indagar en la cuestión.

—Ahora su cuerpo está en el templo de la ciudad —explicó Doiran al cabo de un momento—. El reverendo insistió en que debía recibir los respetos de aquellos que quisieran despedirse de él. Al parecer, Gaelon fue alguien muy respetado en la ciudad largo tiempo atrás —añadió, dirigiéndose a su hermano.

—Así me lo ha explicado Terion —asintió Leram—, pero quisiera saber cómo se ha tomado todo esto...

Leram calló al percatarse por fin de la silenciosa presencia de Kirius en el pasillo. El extraño también lo vio y su reacción fue muy significativa, a juicio del chico. Abrió los ojos con sorpresa y luego lo miró con una

expresión entre el pesar y la alegría. Era como si ya le conociese. Esa expresión agri dulce no duró mucho y pronto fue reemplazada por una cauta sonrisa.

—Eres Kiriús, ¿verdad? —preguntó con una voz que parecía vibrar con algún tipo de emoción contenida—. Tienes los mismos ojos que tu madre.

El chico se acercó a los tres hombres y volvió a preguntarse qué sabía aquel extraño, del que no acababa de decidir aún si le causaba o no buena impresión, de él.

—Soy Kiriús, en efecto. Mi abuelo me habló de... tu llegada —titubeó, inseguro, sin saber qué tratamiento darle a aquel hombre que, aunque no parecía de ningún modo un noble, sí que poseía un cierto aire de majestuosidad.

La sonrisa del hombre desapareció y su rostro se volvió indescifrable.

—Sí, aunque en su mensaje me contó que los tres hablaríamos en profundidad cuando nos reuniésemos. Por desgracia, no he llegado a tiempo.

Entonces se produjo un embarazoso silencio en el que Kiriús miró a aquel hombre y no supo qué decir. «¿Qué va a pasar ahora? —pensó el muchacho—. ¿Qué ha venido a hacer aquí este hombre?». Cuando iba a formular la pregunta, el otro se le adelantó.

—Te preguntaré por mi relación contigo y con Gaelon, y por el motivo de mi presencia aquí —afirmó Terion mirándolo a los ojos, como si pudiera leer en ellos sus mudas preguntas—. Hace muchos años nos conocimos, Gaelon y yo. Aunque a veces tuvimos nuestras diferencias, siempre lo consideré un hombre respetable.

Hizo una pausa, mirando con fijeza a Kiriús, que empezó a sentirse incómodo bajo su escrutinio. Doiran y Leram se habían retrasado murmurando entre ellos, Kiriús supuso, acerca de lo que harían a partir de ahora. De pronto, se sintió muy solo.

—Cuando naciste juré responsabilizarme de ti si llegaba el caso de que Gaelon ya no pudiera hacerlo —comentó en tono casual, aunque su mirada era intensa—. Él cuidó bien de ti durante todos estos años, pero ahora yo debo completar su tarea.

Kiriús estaba confuso, pero tenía una cosa clara: Terion había conocido a sus padres y a su abuelo, muchos años atrás.

—¿Fuiste amigo de mis padres? —preguntó el chico con voz esperanzada.

—En efecto, los conocí —dijo con desgana, como si no le agradase hablar de ellos—, y yo le juré a él que cuidaría de ti.

—¿Murió mi padre en una batalla como me dijo el abuelo? ¿Tengo otros familiares? ¿Tú los conoces?

—Tu padre murió con una espada en la mano, como él siempre quiso morir —reveló Terion antes de levantar las manos, pidiéndole calma—. ¿Eso quiere decir que Gaelon no te contó nada más acerca de ellos?

—Apenas nada —contestó el muchacho con mal disimulado resentimiento—, sólo que mi madre se llamaba Elizheva y mi padre Dalien. Me dijo que ambos eran personas humildes, pero honradas. También que mi padre era un soldado de mucho prestigio... muy valorado por el señor al que servía. —Kirus no encontraba las palabras—. No me dio muchos detalles al respecto.

Una nueva expresión, determinada e inflexible, comenzó a formarse en el rostro del recién llegado.

—No hay mucho más que añadir a lo que él te dijo. Gaelon quería que me ocupase de ti y yo he hecho una promesa. Por tanto, mañana partiremos hacia Telbar, donde tengo una hacienda. Pasarás un buen tiempo allí, así que te sugiero que te despidas de tus amigos esta misma tarde.

Su voz sonó con autoridad, como si fuese un juez dictando sentencia sobre Kirus, el reo. Y justo así era como se sentía, como un prisionero. ¿Acaso ese extraño lo había consultado sobre lo que quería él? Y su viaje a la capital, ¿debía olvidarlo sin más?

—¿Por qué viene aquí este desconocido? —dijo entonces el Ausente, dándole más fuerza a sus dudas—. No me gusta, no es de fiar.

Kirus ladeó la cabeza para escucharlo y luego asintió, mientras sentía como le invadía una furia irracional. Le plantó cara a aquel hombre, más alto que él, mirándole a los ojos.

—¿Y si no quiero ir contigo? —El recién llegado lo miró, sorprendido—. De hecho, me niego a hacerle caso a un extraño que exige que abandone mi hogar para ir con él a sólo los Tres saben dónde. Prefieroirme por mi cuenta y descubrir a mis otros familiares.

Su tono de voz llamó la atención de Leram y Doiran, que dejaron de hablar y lo miraron, una vez más, como si se hubiera vuelto loco. Esta vez no le importó. La ira no le permitía pensar con claridad. Sólo sabía que no quería ser controlado y llevado de un lado a otro, como si de un trasto viejo se tratase. Al cabo de unos instantes prosiguió con voz desafiante:

—No voy a vivir contigo. Después de tantos años, cualquier promesa que hicieses a mis padres ya ha perdido su importancia. —De pronto sus palabras le parecieron una estupidez. La chispa de rebeldía que había sentido había desaparecido en un segundo, como si los fríos ojos de este

hombre la hubieran apagado—. Quedas liberado... de cualquier deuda que tuvieses con ellos. Yo... ya soy un hombre y puedo cuidarme solo.

Terion lo miró con una expresión que parecía desdeñosa y decepcionada. Kirius tragó saliva cuando el hombre puso su rostro a un palmo del suyo y le dijo con engañosa suavidad:

—¿Crees que ya eres un hombre? Pues yo creo que aún debes madurar mucho para convertirte en algo más que en un idiota consentido. Y ten presente una cosa: mi promesa a tu padre la mantendré mientras viva, pues yo siempre cumplo mi palabra. Así que mañana a primera hora partiremos hacia Telbar, sin importar lo mucho que llores o patalees.

Tras esto, el hombre se dio media vuelta con gesto rígido y anduvo por el pasillo hasta salir de la casa. Doiran lo siguió tras lanzar una mirada de comprensión al joven. Kirius bajó la mirada, abatido y humillado por las palabras de Terion. Después miró a Leram, que a su vez le observaba con expresión reprobatoria.

—No vais a ayudarme, ¿verdad? —preguntó Kirius, dolido—. No vais a hacer nada después de todos estos años.

—Deberías ir con él. Nunca has querido esta vida y estoy seguro de que Gaelon tenía otros planes para ti. —Leram lo miró con su seriedad habitual—. Terion dice que tiene más derecho sobre ti que nosotros y le creo; parece un hombre de palabra.

El joven meditó en las palabras de Leram, pero no se le ocurrió nada que decir. Ahora que había pasado su arrebato de furia se sentía estúpido y desgraciado. Él no era así, rara vez se enfurecía de esa manera. Sin embargo, se había formado tantos planes para este día y tenía tantas esperanzas, que no soportaba la idea de que todo se hubiese desvanecido ante sus ojos. ¿Qué debía hacer? ¿Ir con él o marcharse y seguir la vida que tanto anhelaba tener? Y, sin embargo, le había prometido a su abuelo que confiaría en aquel hombre.

Esa misma tarde fue el momento escogido para dar sepultura al cuerpo de Gaelon, enterrado a las afueras de la ciudad. Sobre el camposanto, las hinchadas nubes grises se desplazaban perezosamente sobre sus cabezas, emulando el ritmo de la comitiva fúnebre bajo ellas.

—No te envidio. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Arvand con voz apagada cuando la comitiva se detuvo—. ¿Seguirás viviendo con los hermanos, a pesar de todo?

—No lo sé. Nadie me ha preguntado mi opinión al respecto. —La voz de Kirius denotaba la frustración que sentía. Señaló con la cabeza a Terion que se encontraba, como ellos, entre la multitud en el cementerio al sur de Rynad—. Ese hombre pretende que vaya a vivir con él, por una

supuesta promesa que hizo a mis padres, y no sé nada de él. ¡Ni siquiera sé de dónde viene!

Arvand fijó su mirada en Terion. El hombre permanecía algo apartado de los demás, mirando hacia el profundo agujero cavado en la tierra que sería el lugar de descanso eterno del cuerpo de Gaelon. La media melena que llevaba y su capa de viaje se agitaban al viento, lo que le daba un aspecto similar al de uno de los antiguos y honorables guerreros que Kiriús había visto tantas veces en ilustraciones o tallas en la biblioteca. En ese momento Arvand compuso una mueca y dijo:

—Alto, cabello muy rubio, ojos azules, porte orgulloso... Es de Isgarad. Su piel quizá es un poco más morena de lo habitual, pero creo que no me equivoco.

—¿Un isgario? —inquirió Kiriús con escepticismo—. Siempre he oído que son gente dura, poco sociable y autoritaria. ¿Crees que ese hombre es así?

Los isgarios vivían en el extremo opuesto de Balaeron. Aunque mantenían buenas relaciones con Merethia, Kiriús nunca había conocido a ninguno. Su abuelo le había hablado muy poco de ellos, a excepción de lo que acababa de relatarle a Arvand, y a veces añadía que eran gente falsa y traicionera. Sabía que rara vez se aventuraban más allá de sus fronteras y que su país, Isgarad, era la mayor potencia de entre las naciones del pueblo de Balaeron. No obstante, Leram había traído a Terion de Moradhair, y era conocido el resentimiento e incluso odio existente entre los habitantes del Dominio de Moradh e Isgarad.

Arvand estaba a punto de contestarle cuando una agitación entre la gente, que se apartaba para abrirle paso a alguien, le hizo enmudecer. Eran el reverendo y el sacerdote que iban a officiar el rito, además de varios diáconos que caminaban tras ellos en actitud respetuosa. Pronto las conversaciones y los murmullos cesaron al colocarse los recién llegados a la cabecera de la tumba del viejo historiador y sabio. El reverendo ya había officiado el funeral en el templo, pero en esta ocasión se limitó a permanecer en un discreto segundo plano, como un familiar, amigo o curioso más. Kiriús observaba al religioso, pensando en cual podría haber sido su relación con Gaelon en el pasado, cuando vio como el reverendo desviaba su mirada hacia Terion, desconcertado. El otro al parecer también se dio cuenta del escrutinio del religioso, pues lo miró y negó con la cabeza. ¿Acaso se conocían o eran imaginaciones suyas?

El sacerdote empezó a pronunciar los salmos y las oraciones del libro sagrado, rogando por el descanso eterno del alma de Gaelon. Poco después alzaron el cuerpo de Gaelon envuelto en lino blanco y lo depositaron, tras recibir la bendición del sacerdote, en la fosa. Cuando



empezaron a echar paladas de tierra en la tumba, Terion se adelantó dos pasos, se llevó el puño derecho hasta el corazón y puso los tres dedos centrales de la otra mano encima, inclinando la cabeza unos instantes. Fue un gesto que Kirius encontró, a la vez, curioso y reconfortante. Pronto la tumba de su abuelo quedó cubierta de tierra por completo, y fue colocada una losa de piedra en la cabecera con el símbolo de su religión: un círculo trenzado de color dorado, con un triángulo invertido de color plata en su interior.

Kirius recordó la explicación que le había dado Gaelon sobre el símbolo años atrás: «Kir, las cosas rara vez son sólo lo que parecen. A menudo guardan un significado más profundo destinado a aquellos que puedan comprenderlo». Casi podía ver a su abuelo sentado en aquella fría noche de invierno junto al hogar, entre innumerables rollos de pergamino que, con toda probabilidad, estudiaría durante buena parte de la noche. «¿Ves el círculo?», le había preguntado, señalando un pergamino desenrollado que mostraba el dibujo del familiar símbolo. Kirius había asentido con la misma atención con la que solía tomarse las explicaciones de su abuelo, aunque a menudo no las entendiera. «El círculo representa al Creador que rodea todo lo que existe y es la perfección absoluta. El triángulo dentro del círculo representa cada una de las tres facetas dentro de Él. Representa a los Tres: Aramtael, Ethalael y Shezare; cuerpo, mente y espíritu; templanza, voluntad y trascendencia. Todo es lo mismo, Kir, una misma cosa».

Con un pestañeo, Kirius volvió al cementerio de Rynad. Una fría brisa, que recordaba a los presentes el inminente comienzo del invierno, soplabla mientras acababa la ceremonia. Se le hacía duro aceptar que nunca más volvería a ver a su abuelo, pero tendría que hacerlo. «Ya eres un hombre, compórtate como tal». Por alguna razón, eso no lo reconfortó ni detuvo las lágrimas que se le escapaban entre las pestañas.

Estaba con Arvand en el irregular camino de vuelta a Rynad, muy cerca ya de la muralla de la ciudad, cuando Terion los alcanzó. Kirius lo miró con cierta aprehensión, sin saber cómo lo trataría tras su arrebato de esa mañana. Tras aquello no había vuelto a cruzar palabra con él en todo el día. Cruzaron miradas, pero Kirius acabó bajando la suya intimidado por los ojos del otro.

—Quería hablar contigo, muchacho —dijo Terion con voz firme y a la vez cuidadosa. En ese momento reparó en el otro chico que lo miraba con mal disimulada curiosidad—. Ah, tú debes de ser su amigo... Arvand, ¿verdad?

—Sí, señor. Soy Arvand de Orthald.

—Entonces será mejor que te despidas de él, pues va a estar fuera durante mucho tiempo. Tengo entendido que tú también —dijo con voz conciliadora.

—En efecto. Voy a la isla de Varaan, como sin duda sabréis, señor.

El tratamiento que le daba Arvand hizo que Terion esbozara una tenue sonrisa.

—No soy ningún noble para que me hables con tanta distinción —aseguró a la vez que su semblante se ensombrecía—. Espero que sepas bien lo que te espera en la isla de Varaan y en la orden. Aunque sospecho que, si te mandan allí siendo tan joven, no necesitas de mi advertencia.

—No sé a qué os referís —respondió Arvand con cautela—. Soy consciente de que me espera la parte más dura de mi formación como riadeim, pero...

—Dominas ya la diplomacia —dijo Terion, interrumpiéndole—. No me equivocaba contigo. No necesitas de mis consejos, pues.

No se preocupó por explicar sus extrañas palabras, al menos lo eran para Kirius. Arvand permaneció en un incómodo silencio. No era ningún secreto que los riadeim sólo mostraban de ellos mismos lo que les convenía. Su abuelo lo había advertido en el pasado contra ellos. Sus palabras exactas habían sido que eran manipuladores e impredecibles, y que era mejor no contrariarlos. No obstante, él nunca había visto a Arvand de ese modo, quizá porque aún no era uno de ellos. De alguna manera, las insinuaciones de aquel extraño sobre su amigo volvieron a enojarlo como esa misma mañana.

—Arvand sabe bien lo que hace —intervino Kirius con voz seca—. ¿O él también es un niño?

—Ambos lo sois, pero sólo tú eres mi responsabilidad.

—Nadie te ha pedido que vinieras —dijo, aunque sabía que eso no era cierto—, ni tampoco que te hicieras responsable de mí. Por mí puedes volver a irte por donde viniste.

El rostro de Terion se crispó y su mirada se volvió tan dura y fría, que Kirius temió que el hombre iba a golpearlo. Arvand dio un paso atrás, con un rostro que expresaba perplejidad, como si se preguntase cómo demonios había cambiado tanto la conversación para llegar hasta ese punto. La mirada de Terion se desvió, mirando por encima del hombro del joven. Kirius creía que eran los últimos rezagados que volvían del rito, pero cuando miró hacia atrás vio que se acercaban el reverendo y sus acompañantes, que se dirigían a la ciudad a pie. El dignatario de la Iglesia los reconoció y caminó hasta ellos. Parecía a punto de decir algo, pero Terion se le adelantó, arrodillándose ante él.

—Eminencia, creo que no hemos sido presentados. Mi nombre es Terion y soy un viejo conocido de Gaelon.

El reverendo parecía tan sorprendido por la reacción de aquel hombre, como los dos jóvenes.

—Levántate, Terion. —Una sonrisa apareció en el rostro del religioso, como si el otro hubiese dicho algo gracioso, mientras su interlocutor se incorporaba—. Esos formalismos para con la Iglesia no se usan desde hace siglos, al menos entre los seglares. ¿Puedo preguntarte qué te ha traído hasta aquí?

—Pienso ocuparme a partir de ahora del joven Kirius. —Después de una pausa añadió—: Conocí bien a sus padres. Me gustaría que me dieseis vuestra bendición respecto a este asunto.

Kirius miró esperanzado al reverendo, negando con la cabeza cuando el religioso le devolvió la mirada, pensativo. «Él y el abuelo eran amigos. Intercederá por mí, seguro».

—La tienes, hijo mío —dijo mientras hacía la señal de los Tres. Trazó un círculo imaginario con su mano derecha, levantando los tres dedos centrales y uniendo el meñique y el pulgar—, pero me gustaría hablar contigo acerca de todo esto con más profundidad. Si no tienes inconveniente, claro.

Kirius frunció los labios, decepcionado. Como los demás, ni siquiera se había molestado en preguntarle su opinión al respecto. La expresión del religioso era indescifrable, tal y como lo era la de Terion. De nuevo Kirius se preguntó por la relación entre aquellos dos hombres. De pronto se le ocurrió que ambos parecían estar representando una farsa. ¿Pero una mentira destinada a quién? ¿A él? ¿A Arvand? ¿O quizá a todo el séquito del reverendo que esperaba pocos metros más allá?

—Ninguno, eminencia —dijo Terion antes de volverse hacia Kirius—. Recuerda, partiremos mañana al amanecer.

Sin más, se unió al reverendo y a su grupo y, tras llegar a la ciudad, se perdieron de vista por una de las calles. Ambos jóvenes pasaron la tarde paseando y hablando de los viejos tiempos y de los que estaban por llegar, pero Kirius se sentía tan humillado y preocupado por su situación que fue incapaz de ser una buena compañía para su amigo.

—No me gusta ese Terion —le dijo Arvand justo antes de su despedida, cuando ya anoecía—. Parece albergar demasiados misterios y actúa como si supiera... Da igual. Esos ojos suyos son los de alguien con un corazón frío... un asesino. Espero que te vaya bien con él, pero no me gusta esto. Ojalá las cosas no fueran así.

Kirius sintió un escalofrío ante las palabras de su amigo, pero intentó no mostrar su miedo. La despedida fue breve y Arvand prometió ir a verle

en cuanto volviese de la isla. Kiriús caminó por la plaza mayor, flanqueando la estatua del rey Breol Unseir.

—A él se le recuerda, pero yo me he desvanecido. ¿Soy un rey? ¿un dios? ¿un demente? Quizá tan sólo sea un recuerdo.

Kiriús miró hacia la estatua, dudando si esta le había hablado o era la voz de su cabeza la que lo había hecho.

—Al menos podrías decirme qué debo hacer en vez de hablar de... cosas sin sentido. Hay algo en Terion que me asusta. No es cosa sólo mía, Arvand también lo ve.

Se detuvo poco después, y comprobó que Arvand ya se dirigía a la salida norte de la plaza, en dirección a la academia. Cuando Kiriús reanudó sus pasos, no se dirigió hacia la biblioteca, sino hacia la salida este. No podía volver a casa ahora. Necesitaba pensar, respirar, huir. Se dirigió hacia el río, buscando las calles más desiertas. El frío arreciaba mientras la ciudad se encogía bajo un inmisericorde cielo invernal sin estrellas. Kiriús empezó a tiritar, pero se empeñó en ignorar al frío. Sólo podía pensar en la muerte de su abuelo, la vergüenza que aún le provocaba aquel extraño momento de satisfacción ante ella y la mirada carente de calor de Terion. Arvand coincidía con él, aunque no lo hubiese dicho; debía huir.

Mientras cruzaba el puente de Sever hacia la zona vieja de Rynad, no lejos de la vetusta torre de vigilancia, tocó la bolsita anudada a su cinturón. Suspiró al confirmar lo que ya sabía; apenas llevaba unas pocas monedas encima, menos de doce marcos de cobre. No eran suficientes. En las historias de los libros que había leído, los protagonistas a menudo eran pobres, pero su honradez y la intervención de los hados hacían que consiguieran salir adelante. Dudaba que eso le fuese a pasar a él, pero todo parecía gritarle que huyese y se alejase de aquel hombre. Cerró los puños, tomando la que sin duda iba a ser la decisión más importante de su vida.

Sí, por una vez iba a tomar el camino difícil. Esta vez sería valiente.

Huiría a Almeron, pero primero iría a ver a Arvand. Él podría proporcionarle víveres y quizá algunas monedas extra para el camino. Era cuanto necesitaba para partir a primera hora hacia la capital y empezar una nueva vida.

«Puedes hacerlo», pensó. «Siempre has estado solo. No necesitas a nadie».

Pero, por algún motivo, sus argumentos le sonaron débiles y poco convincentes. Dio media vuelta para volver sobre sus pasos, pasando entre las oscuras formas de los edificios prácticamente en ruinas e invadidos por la hiedra que abundaba en esa zona de la ciudad. Una súbita sensación lo invadió, como si la oscuridad se cerrase sobre él y alguien lo espíase desde las sombras. De repente fue consciente de donde estaba.

Rynad era una ciudad segura, pero no eran desconocidos los asaltos e incluso asesinatos entre sus muros. Y la mayoría ocurrían de noche en la zona vieja. Kiriús se maldijo por su estupidez y aceleró el paso, buscando el río.

Cuando estaba llegando al final de la calle que llevaba hasta la corriente, vio la silueta de un hombre que se acercaba a él desde allí. Kiriús contuvo la respiración, vaciló y luego siguió caminando. Aunque le constaba que vivían personas en este distrito, era el primero que veía en esta fría noche. Al acercarse, suspiró con alivio al reconocer el uniforme de uno de los hombres de la guardia de la ciudad.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, muchacho? —preguntó el guardia, mirándolo de arriba a abajo.

—Nada —contestó Kiriús, antes de darse cuenta de que esa era la peor respuesta que podía dar—. Crucé para ver el castillo, pero se me hizo demasiado tarde.

—Ven, te acompañaré hasta el puente. Hay maleantes por esta zona.

El hombre se acercó y le dio un suave empujón en dirección al río. La piel se le erizó ante el contacto, rechazándolo.

—¡Cuidado! Algo surgió de este lugar hace poco y sigue cerca. La oscuridad ha tejido una tela de araña y nota hasta la más mínima vibración en ella.

Kiriús dio un respingo ante las extrañas palabras del Ausente, pero la voz de su cabeza no se detuvo ahí, sino que siguió hablando, aunque le costó entender las palabras. O quizá era que las que decía se alargaban como si las sílabas se estirasen hasta el infinito.

—No volveré a olvidarlo, no lo olvidaré nunca más. ¡Nunca! La sangre es mi destino. Quiero tocarla, beberla y bañarme en ella una vez más. ¡Suéltame!

Kiriús tomó una profunda bocanada de aire, como un nadador que sale a la superficie. La confusión que se había apoderado de sus sentidos tardó unos segundos en disiparse. No sabía cómo era posible, pero de repente estaba al lado del río, no lejos del puente iluminado por los fuegos contenidos en grandes braseros que siempre eran encendidos por las noches. Miró a su alrededor, pero no había ni rastro del guardia. En el suelo empedrado se distinguía un líquido oscuro y denso. Se acuclilló y lo tocó con los dedos. Era sangre. Una cantidad ingente de ella que salpicaba la zona. El muchacho se irguió, mirando con desesperación a los lados. Ni rastro del guardia o de cualquier otro ser vivo. Aquello sólo podía significar...

—No... —gimió, intentando encontrar una explicación a aquella locura.

Entonces fue cuando se fijó en la manga de su sobretodo de lana, rota como si alguien hubiese tirado de ella. Unas manchas de sangre oscura apenas eran visibles en la prenda. Al verlas una exclamación de horror surgió de su garganta. Kiriús separó las manos y dio unos pasos atrás. Su pie chocó con algo metálico. Al volverse vio que sobre los adoquines había una daga ensangrentada.

—No. Yo no... Oh, dioses, ¿qué he hecho?

Se había vuelto a quedar en blanco, como en la torre. Había temido poder hacerse daño a sí mismo durante esos episodios, pero no había contemplado la posibilidad de hacerle daño a los demás. Era un monstruo, un demente, un ser tocado y retorcido por la Plaga..., un peligro para él mismo y los demás.

«¿Qué puedo hacer? ¿Estará muerto, realmente? ¿Por qué...? Eso da igual, debo huir. Yo no quería nada de esto, pero eso les dará igual si me cogen. ¿Me habrá visto alguien? Debo huir... ¡Terion! Él me sacará mañana de la ciudad. Eso es. Si huyo yo solo ahora pareceré culpable. Él me sacará».

Se alejó unos pasos, tambaleante, con las lágrimas surcándole el rostro. Hasta que sorbió, apretó las mandíbulas y salió corriendo hacia el puente. Al llegar a uno de los braseros que iluminaban la noche miró en derredor, se quitó el sobretodo con desesperación y lo lanzó al fuego. Luego se lanzó a correr por el puente, aterido de frío.

Unos ojos azul pálido observaron el recorrido del muchacho desde su escondite, tras la fachada de una de las casas abandonadas tras la riada del año pasado. Cuando Kiriús se perdió en la Rynad transitada e iluminada, el hombre salió y se dirigió hasta donde estaba la sangre, buscando algo. Al cabo de un rato se agachó para recoger una daga estilizada cuyo pomo representaba la cabeza de un ave de color negro, un cuervo. El hombre la miró y estrechó los ojos, como si de repente hubiese comprendido algo. Luego agitó la cabeza y miró al cielo que permanecía oscuro.

—¿Por qué? ¿No era ya suficiente con lo que les sucedió a sus padres?

Lanzó la daga hacia el río, con rabia contenida. El sonido que hizo al hundirse fue audible en la noche. Casi tanto como el que había hecho el cadáver del guardia al ser arrojado a las oscuras aguas, unos minutos antes.

### 3

## La Puerta de la Revelación

Sólo empezó a ser consciente del cambio que se avecinaba cuando llegó el riadeim. Una cosa era saber que pasaría y otra muy distinta tenerlo ante las narices. No se había sentido tan inseguro ni al llegar a Merethia, cuando aún no tenía los once años y no sabía nada de los magos ni de sus academias. El riadeim, llamado Colvir Medalym, ostentaba el cargo de Maestro de Iniciados y era mucho más joven de lo que Arvand había esperado. Especialmente al compararlo con su antecesor, un viejo y mal encarado mago que había muerto meses atrás. El maestro viajaba una vez al año, coincidiendo con el fin del otoño, a las tres academias de Merethia, para acompañar a los aprendices que estuviesen preparados a la sede de los riadeim, en la isla de Varaan.

Colvir no parecía destacar por nada, empezando por sus ropas. Eran de buena calidad, aunque alejadas de las túnicas, vestiduras o amitos ceremoniales que uno solía relacionar con los magos. Su rostro era inexpresivo y su voz suave y calmada, con un timbre casi afeminado que sorprendió a Arvand. Se dio cuenta de que, a pesar de llevar más de cinco años en una de sus academias, aún tenía más prejuicios hacia los riadeim que información sobre ellos.

Acompañando a Colvir, llegó un chico de pelo cobrizo, piel pálida llena de pecas y grandes orejas, llamado Anoraul Galbert. Era un aprendiz, natural de Isgarad, que había viajado junto al riadeim desde la academia de Almeron. De momento era el único, junto a Arvand, que iría a la torre de los riadeim para convertirse en iniciado. Tras intercambiar unas frases con él comprendió que no se llevarían bien. Era un idiota petulante y engraido que creía que descender de una familia noble de Isgarad, los Galbert, aún era un privilegio. Si algo había aprendido Arvand era que la clase social, la riqueza e incluso el pasado de cada uno, no significaban nada en la Orden de los Riadeim. Todo eso quedaba olvidado y los aprendices e iniciados eran considerados iguales, al menos hasta que cada uno demostrase su valía. ¿O quizá esa era otra de las ideas preconcebidas que tenía acerca de los magos? Esperaba que no, puesto que en su familia habían sido leñadores y pescadores desde hacía generaciones.

Arvand odiaba las despedidas. Mientras decía adiós a sus compañeros en la academia, su cabeza estaba puesta en la noche en que Kirius y él se separaron, dos días atrás. Había sido un momento extraño, como casi todo lo que tenía que ver con aquel chico. En la plaza mayor de Rynad, poco después de dar sepultura a Gaelon, Arvand había abrazado a su amigo mientras reprimía unas repentinas ganas de llorar. Por suerte nada de eso se reflejó en su voz cuando dijo:

—No sé cómo ni cuándo, pero volveremos a vernos, te lo prometo. Y no te preocupes, Terion no es Gaelon, pero parece ser un buen luchador. Ya te habrás fijado en su espada. Si vas con él puede que te enseñe a empuñar una, como siempre deseaste.

Kirius lo miró con expresión ausente. Desde el desencuentro con Terion, tras el entierro, había mantenido esa expresión y apenas había abierto la boca. Por un momento, Arvand dudó que lo estuviese escuchando.

—Adiós, Arvand. A mí tampoco me gustan sus ojos. Debo pensar qué hacer.

—Por Ethalael, no seas estúpido y ve con él —dijo mirando al chico con extrañeza—. Y yo no he dicho nada acerca de sus...

Al ver la confusión en el rostro de su amigo se detuvo, suspirando.

—Oh, ven aquí —dijo y le dio un abrazo. El cuerpo de Kirius permaneció rígido y en tensión durante el contacto—. Prométeme que vas a cuidarte, ¿quieres?

—Lo haré, te lo prometo. —Los ojos esmeraldas y oro del muchacho brillaron, perdiéndose en sus ensoñaciones—. Que los Tres guíen tu camino, Arvand.

—Que la Llama te ilumine con su luz, Kirius —se despidió Arvand, cabizbajo.

Estuvo un rato inmóvil, observando a su amigo mientras se dirigía flanqueando la estatua ecuestre del rey fundador de Merethia, Breol Unseir, hacia la biblioteca de la ciudad. Al pasar junto a la estatua el muchacho se volvió hacia ella y masculló algo, pero Arvand ya no pudo oírlo. Agitó la cabeza con preocupación: últimamente lo hacía más a menudo. Más de una vez se había quedado observándolo, sin que Kirius se diese cuenta, y el chico había mantenido una extensa conversación consigo mismo, puesto que no había nadie con él. A menudo lo había visto asustarse sin ningún motivo aparente y otras veces, como ese mismo día, parecía distraído y melancólico. Kirius era un chico extraño, al que pocos de su edad querían acercarse y del que muchos se reían llamándole loco o estúpido. Arvand le había roto dos dientes de un puñetazo al último



que le había llamado idiota delante de él. Con eso no había solucionado nada, claro, más allá de que ahora decían esas cosas a su espalda.

Kirius rara vez hablaba del tema, como si lo avergonzara. Unos años después de conocerse le contó que escuchaba una voz que nadie más podía oír, y que se refería a ella como el Ausente. Meses atrás, Arvand se decidió a hablar del tema con Gaelon y el anciano zanjó el tema diciendo: «Son las secuelas que la Plaga le dejó, pero Kirius es más inteligente y despierto que los ignorantes que lo insultan». A lo que Arvand no pudo más que asentir y marcharse. La enfermedad había dejado a muchos tullidos, enfermos y lunáticos por todo Balaeron, pero Kirius no encajaba del todo en ninguno de esos grupos. La mayor parte del tiempo estaba bien, pero a veces su estado de ánimo cambiaba de forma brusca, se sumía en herméticos silencios, en la melancolía o hacía cosas sin sentido, cómo lo de subirse a las almenas de la torre. Sea como fuere, la Plaga y sus secuelas seguían siendo un misterio y los riadeim afirmaban que había tenido un origen sobrenatural. Los hechiceros tarkesios, los kaari, la habían creado y lanzado al norte con la intención de diezmarlos. Lo que había sucedido en su pueblo natal, Orthald, atestiguaba que casi lo habían conseguido.

Ahora, tras despedirse de sus cinco compañeros en la academia, Arvand recogió sus pertenencias y fue a reunirse con el Maestro de Iniciados y Anoraul, que lo esperaban en las caballerizas de la ciudad. Cuando llegó su sorpresa fue mayúscula al ver que Brandyl, su antiguo amigo y compañero aprendiz, estaba con ellos, atado a la silla de montar de un semental zaino.

—¿Qué significa esto? —demandó saber—. Él ya nunca podrá ser un riadeim. ¿Por qué lo hacéis venir?

—Vendrá. —Fue la escueta respuesta de Colvir, y en su voz ya no había rastro de suavidad ni afectación—. Y ya que lo mencionas, pronto tendremos una conversación sobre tu relación con Brandyl y con el desbordamiento del río Faoral.

Arvand sólo pudo asentir mientras empezaba a sudar bajo sus ropas, a pesar del frío. Miró hacia Brandyl, pero el chico estaba como la última vez que lo había visto, antes de que se lo llevaran al hospital de los Hermanos Ocultos. Un hilo de babas le caía por la comisura de los labios, su rostro mantenía la misma palidez, su expresión era vacua y bobalicona y era incapaz de hablar. Su mente seguía estando tan rota como cuando lo encontraron, mojado y aterido, en la parte vieja de la ciudad, una vez las aguas se retiraron dejando un rastro de destrucción y cadáveres.

Pero durante ese día no se produjo esa conversación, ni ninguna otra, entre Colvir Medalym y él. Mientras marchaban hacia el este en sus

monturas, lo que menos abundaba era la charla. Junto al riadeim y al insufrible Anoraul, cabalgaban además dos miembros de los Guardianes de la Luz, también conocidos como la Compañía Blanca. Los guardianes eran un pequeño, pero muy capaz, ejército que defendían la isla de Varean y a los riadeim de cualquier invasión o peligro. Además de eficientes, eran gente de pocas palabras, si es que había que tomar a aquellos dos como ejemplo. No llegaron a presentarse, ni lo hizo Colvir por ellos. Los precedían durante la marcha en sus monturas, oteando el horizonte con sus sables al costado y vestidos con una armadura de cuero endurecido con protecciones de metal y sus niveos jubones, por los cuales recibían su nombre de la Compañía Blanca.

Al tercer día llegaron a Calust, una gran población de pescadores que había crecido en las últimas décadas gracias al pujante comercio y al apoyo de los riadeim. La ciudad se extendía por el extremo norte de la bahía del mismo nombre, así como por una gran isla que se encontraba en la boca de la bahía. Calust carecía de murallas, aunque una serie de torres defensivas la guarnecían por el norte y el oeste. Además, contaba con buena parte de la flota de guerra de Merethia amarrada en sus espigones, que la protegían de los infrecuentes ataques de piratas. Cuando entraron en la ciudad todo el mundo se deshacía en reverencias y muestras de deferencia hacia ellos. Sin duda, el ir acompañados de dos Guardianes de la Luz los señalaba como riadeim.

A media tarde todos estaban instalados en *El Lecho del Sabio*, la posada donde, según se pudo enterar Arvand, era habitual que los magos pernoctasen cuando estaban de paso por la ciudad. Durante la cena, excepcional con pan blanco, vino rojizo de Noralis y carne de ternera, la conversación fue, por primera vez, más animada.

—Por fin una comida decente —comentó con satisfacción Anoraul tras apurar su vaso de vino—. No tanto como la que sale de las cocinas del castillo Galbert, claro, pero ya empezaba a perder la fe en que en Merethia se pudiese comer bien.

Arvand miró a Colvir, pero este contemplaba, abstraído, una de las fuentes vacías donde les habían servido la carne salteada con apios, perdido en sus pensamientos. Los hombres de su escolta se habían marchado al poco de instalarse en la posada, y Brandyl ya se encontraba durmiendo en su habitación. Al cabo de un rato, Arvand se vio compelido a hablar para romper el silencio.

—Desde luego se come mejor que en cualquier posada de Norvador que pueda recordar.

—¿De dónde dijiste que eras? —preguntó el aprendiz isgario, arrugando el gesto.

—De Orthald, una villa muy pequeña y más aún tras la Plaga. Dudo que hayas oído hablar de ella.

—Lo cierto es que no —contestó Anoraul con indiferencia—, pero sé que por esas tierras los siervos suelen comer raíces, nabos y, si tienen suerte, algún pez. Es natural que te impresione una comida como esta.

Su tono era coloquial. No lo decía para ofenderlo, sino como una simple observación de lo que para él era el orden natural de las cosas. Arvand sintió como crecía la rabia en su interior. ¿Cuándo aprendería este imbécil que en la Orden de los Riadeim sería un igual con los campesinos y siervos que tanto despreciaba?

—Me alegro de que sea de tu agrado, Anoraul. —Colvir habló de repente en tono despreocupado, pero en la mirada que le lanzó parecía haber desdén—. Espero que las cocinas de la Torre del Sol también te gusten. Nunca se sabe cuánto tiempo van a pasar trabajando en ella nuestros iniciados más... indisciplinados.

El rostro del joven se fue tornando granate a medida que comprendía las palabras de Colvir.

—Ahora déjanos, ve a tus aposentos y procura descansar. Recuerda que en la isla de Varean, Anoraul Galbert desaparecerá y sólo quedará Anoraul, el iniciado de la Orden de los Riadeim.

Arvand no pudo reprimir una mueca de satisfacción al ver el rostro desencajado del isgario al levantarse envarado de la mesa y marcharse con gesto hosco. Se lo tenía merecido por fanfarrón.

—No quiero ver esa estúpida sonrisa en tu cara. —Las palabras de Colvir helaron el momento de triunfo de Arvand—. Sé que eres más inteligente que él, así que va siendo hora de que empieces a demostrármelo. Disponemos de algún tiempo hasta que llegue el último aprendiz de este año desde Corak. Es un buen momento para tener nuestra conversación pendiente acerca de Brandyl y lo que ocurrió hace casi un año en Rynad.

Arvand suspiró, sin ganas de hablar de nada de aquello. Sin embargo, al cabo de unos momentos empezó a contárselo todo. Le dijo como había conocido a Brandyl cuatro años atrás, cuando el chico había sido llevado a la academia de Rynad desde un poblado del sur de Merethia. Pronto se hicieron buenos amigos, pero también, al mismo tiempo, rivales. Ambos eran competitivos y querían ser los primeros en ir a la sede de los riadeim, la Torre del Sol, y para ello debían progresar en su aprendizaje. Él lo hizo a base de dedicación, esfuerzo y también, admitió, intentando agradar y ser el favorito del maestro Koannos. Pero Brandyl, aunque poseía un gran potencial, era indisciplinado e impaciente y, a pesar de que estaba prohibido, practicaba la magia fuera de los muros de la academia.

—Solía quejarse de que apenas practicábamos, que sólo estudiábamos autocontrol, teoría y a distinguir esencias, flujos y patrones. Además, no podíamos acceder al Eldantir sin ayudas. Todo eso lo frustraba mucho.

—Y tú, ¿qué pensabas al respecto? —preguntó Colvir, enarcando una ceja.

—Que, si la orden lo había dispuesto así, sería por un buen motivo. Que debíamos tener paciencia.

Arvand esperaba resultar convincente. La verdad es que en aquellos momentos había pensado todo lo contrario.

—¿Cómo consiguió Brandyl acceder a la talina y a las pócimas de conjuración?

—Sabíamos que Koannos siempre llevaba la llave colgada al cuello y por entonces empezó a tener problemas de sueño. Brandyl averiguó que tomaba unas hierbas para poder dormir. Así que esa noche se coló en sus aposentos y le quitó la llave. Cuando se llevó lo que buscaba, volvió a dejar la llave en su sitio, para que no notase el robo.

—Una idea estúpida —sentenció Colvir—. Los mentores de las academias llevan un control exhaustivo de todas esas sustancias. A no ser, claro, que Koannos se esté volviendo tan senil y complaciente como empiezo a temer. Continúa.

—Lo que pasó luego sólo lo sé por lo que me contaron.

Y era cierto, aunque no era menos cierto que, el mismo día del robo, él había ridiculizado a Brandyl ante los demás. Tras semanas de burlas había logrado sacarlo de sus casillas, que era su objetivo para desestabilizar al otro. El muchacho, de genio vivo, empezó a cometer errores en las sesiones de estudio y prácticas junto a su mentor. Esto provocaba nuevas burlas de Arvand y los demás, hasta ese día en el que Brandyl optó por tomar un atajo en su aprendizaje. Eso no podía contárselo a Colvir, al menos no sin adornarlo un poco. Bastante mal se sentía ya por su parte de responsabilidad en el asunto.

—Brandyl fue a la ciudad vieja de Rynad, al otro lado del río Faoral. Allí se ayudó de las hojas de talina y las pócimas para acceder a niveles más elevados del Eldantir. No sé hasta dónde llegaría, pero su mente nunca se recuperó. Los que trabajaban en los muelles a esas horas dijeron que fue como si algo aspirara el agua del río hacia arriba durante unos segundos. Luego la enorme ola cayó sobre la orilla de la ciudad vieja con un estrépito increíble. El agua destruyó hogares e inundó buena parte de esa zona de la ciudad. Muchos murieron en sus lechos. Más de doscientas cincuenta almas, según el recuento posterior.

—Así fue, en efecto, y sigue siendo inexplicable cómo sobrevivió a todo aquello. Más importante aún, cómo consiguió hacer algo así él solo y sin formación. Averiguarlo es uno de los motivos por los que se me ha encomendado la tarea de llevarlo a la torre —comentó Colvir, recostándose en la silla sin dejar de observarle—; la enfermedad de mi predecesor ha demorado demasiado este asunto. Dime, ¿te sientes culpable por lo ocurrido?

—No —mintió Arvand sin apartar la mirada de la del Maestro de Iniciados.

—¿Le contaste el origen de la inundación a alguien?

—A nadie —siguió mintiendo Arvand con la misma soltura.

—¿A quién se lo dijiste? —Colvir se levantó de su silla y se acercó.

—Pero... si he dicho que no... —protestó, pero luego calló, avergonzado—. A un amigo, de confianza. Él jamás se lo contaría a nadie, pero, como dije, hay otros testigos de lo que sucedió. Marineros y estibadores del puerto.

—Que estaban borrachos —completó Colvir por él— y son unos idiotas supersticiosos que temen a la orden, como todo el mundo sabe. Otros muchos han confirmado que el origen de la inundación fue la caída durante la noche del puente del Molino, que hizo de dique ante un río que bajaba crecido por las tormentas en el este.

Colvir se plantó junto a él, mirándole a los ojos con dureza, pero con la voz aún sonando suave y comedida.

—Da gracias de que ese amigo tuyo sea tan discreto. Cometiste una estupidez al contarle algo que tu mentor te prohibió que se divulgara. Ten presente otra cosa: esta será la última vez que me mientes. ¿Lo has entendido?

—Sí, maestro —dijo él, bajando la mirada.

Había sido un estúpido. Muchos pensaban que los riadeim podían oír los pensamientos de un hombre y saber si mentían o no. Que Arvand supiera, leer mentes estaba más allá de sus capacidades, pero saber si alguien decía la verdad era posible si se sabía dónde mirar.

En ese momento entraron dos personas en la sala común de *El Lecho del Sabio*, lo que hizo que Colvir se volviera y dejase de atravesarle con la mirada. Uno de los recién llegados era un nuevo miembro de la Compañía Blanca, a juzgar por su armadura y atuendo. La otra era una chica de su edad, de facciones delicadas y llamativas, pero de mirada enérgica, con un pelo castaño recogido en un elaborado peinado y ojos color miel. El mago se separó de Arvand y fue a recibirlos.

—Confío en que tuvierais un buen viaje.

—Ha sido un viaje plácido, Maestro de Iniciados —comentó el guardián, aunque Arvand notó una rápida y tensa mirada que compartieron el hombre y la muchacha.

—¿Es cierto eso, Leen? —preguntó Colvir dirigiéndose a la chica.

—Es como él dice, maestro —contestó ella con voz firme y mirada desafiante.

—Ya veo. Arvand, acompáñala a vuestros aposentos. Mañana a primera hora zarpamos a la isla de Varean. Brunin —le dijo al guardián con engañosa suavidad—, quédate. Tenemos un asunto que discutir.

Mientras salía de la sala, Arvand pensaba que, tal y como empezaba a conocer al Maestro de Iniciados, no le gustaría estar en el pellejo del tal Brunin si lo había contrariado. Él y la chica subieron por unas estrechas escaleras dos plantas, hasta la habitación que habían tomado para los aprendices.

—Mi nombre es Arvand de Orthald —se presentó con amabilidad cuando apuraban los últimos peldaños.

—El mío es Leen Tavel —dijo ella sin sonreír—. Sólo iremos tres a la Torre del Sol, ¿verdad? Siempre pensé que seríamos más.

—Somos muchos menos en las academias de lo que se suele creer —confirmó Arvand—. Supongo que en la sede de la orden las cosas estarán igual.

Entraron en sus aposentos, donde Anoraul estaba tumbado en su lecho mirando enfurruñado al techo. Se levantó para saludar a la joven, de repente todo cortesía y buenas maneras otra vez. Brandyl ya dormía, ajeno como siempre a lo que sucedía a su alrededor. Arvand se dirigió a su lecho, tras las presentaciones, dispuesto a apagar la lámpara de aceite que alumbraba la habitación.

—Al último que intentó meterse en el lecho conmigo aprovechando la oscuridad —anunció Leen antes de acostarse—, aún le duelen las pelotas. Es tan sólo una advertencia.

Anoraul bufó con desdén al escucharla y se dio la vuelta en el lecho, tapándose con las mantas de pieles. Arvand no dijo nada mientras sumía la habitación en la oscuridad. Algo le decía que la chica se refería a Brunin, su escolta. Había que reconocer que la joven era valiente; el guardián era un hombre alto y fuerte. Sea como fuere, se suponía que ese tipo de cosas no tenían que pasar en la respetable orden de los magos de Balaeron. Con ese pensamiento se durmió.

Al día siguiente embarcaron en el Gaviota de Auren, con tripulación eltaria. Era un velaur, un navío estilizado y pequeño de dos velas, que podía llevarlos en sólo unas horas hasta la isla de Varean. Durante el trayecto, Arvand descubrió que odiaba navegar por el mar. Mientras

surcaban las olas del Mar del Albor su estómago empezó a resentirse. Pronto empezó a vomitar por la borda, mientras se sentía morir, aquejado de náuseas y súbitos temblores.

—¿Tu primer navío? —le preguntó Colvir cuando su estómago pareció, por fin, vaciarse de todo su contenido.

El Maestro de Iniciados no parecía afectado en absoluto por el frenético cabeceo del velaur en el mar.

—No —negó él con la voz estrangulada por las náuseas—. Navegué en botes y pesqueros por el lago Telfar de Norvador, cuando era un niño. Mi tío me enseñaba el oficio de pescador.

—El agua dulce de los lagos y el mar embravecido del océano Telgaario no tienen mucho en común, como puedes ver. Cuando desembarquemos cuida de Brandyl hasta que llegemos a la torre. Ya sabes que no puede valerse por sí mismo.

Arvand asintió sin hablar, temiendo que si lo hacía no podría reprimir las náuseas. Por suerte, el hombre no siguió insistiendo en mantener una conversación. Como también lo fue que el viaje no se prolongó mucho. El mismo viento que los hacía saltar sobre las olas y que volvía del revés su estómago, los llevó a la isla de Varean antes del mediodía. Arvand dormitaba tiritando bajo su capa en popa, cuando sintió que alguien lo zarandeaba. Cuando abrió los ojos vio a Leen que lo miraba con simpatía, sin duda compadeciéndose de su lamentable estado.

—Ya estamos atracando en Medar.

El chico se levantó a tiempo para ver cómo los marineros eltarios amarraban el navío al espigón. Tras recoger su equipaje, Arvand fue de los primeros en salir del Gaviota de Auren. Medar era un asentamiento extenso, aunque en realidad podría decirse que eran varios poblados de pescadores que salpicaban la costa oeste de la isla de Varean, en torno a un núcleo más densamente poblado, donde se encontraban los muelles principales de la isla. Allí esperaron a que sus tres escoltas trajesen sus nuevas monturas de las caballerizas del lugar. Siguiendo las instrucciones de Colvir, fue a ver cómo estaba Brandyl. Tuvo que ajustarle la capa y hacer que orinase al final del espigón, para que no volviese a hacérselo encima por cuarta vez durante el viaje. Arvand suspiró mientras le subía y ataba los calzones, pensando en que preferiría morir a acabar como Brandyl, y en lo peligrosa que podía llegar a ser la magia. Lo menos que podía hacer por él era ayudarlo a mear, teniendo en cuenta su parte de responsabilidad en lo que había pasado. Los dioses le hacían pagar por su estupidez, pero era un precio muy pequeño comparado con el que había pagado su amigo.

—Nooo... me susurra palabras hermosas, pero es tan oscuro... — sollozó Brandyl de repente con la misma voz de antaño, sólo que impregnada por un horror indescriptible. Arvand ahogó un grito cuando la mano de su amigo se cerró con una fuerza inusitada en su antebrazo—. ¡Ayúdame! No quiero que entre en mí.

—Por el puto Libro de Ethalael —blasfemó Arvand, boquiabierto—. ¡Maestro!

Brandyl le soltó el brazo y su expresión se volvió vacía. Tenía las pupilas dilatadas y fuertes temblores repentinos. Cuando los demás llegaron a su lado, Arvand le explicó a Colvir lo que acababa de pasar. El Maestro de Iniciados se acercó y lo observó con atención, abriéndole los ojos y la boca y poniendo la mano derecha en su cabeza mientras lo observaba con atención. Debía de estar examinándolo desde el Eldantir. Desde allí se podía descubrir, si se sabía interpretar aquel galimatías de colores, flujos y patrones, si alguna enfermedad aquejaba al chico.

—No lo entiendo —musitó Colvir en voz baja—, no tiene sentido. ¿Por qué ha cambiado?

—¿Qué le pasa? —preguntó Leen, mientras Brandyl temblaba como una hoja.

Colvir no contestó y poco después volvieron los guardianes junto a suficientes monturas para cada uno de ellos. Mientras Brunin y otro de sus camaradas de armas ataban a Brandyl a su silla de montar para que no cayese, Anoraul miraba la escena con fascinación.

—Deberíamos acabar con su sufrimiento —dijo al final, mirando a Leen y a Arvand. Ella le devolvió la mirada, horrorizada—, como dicen que hacen en Moradhair con los idiotas y retrasados.

—¿Es así como los tratáis en Isgarad? —le preguntó Leen con brusquedad.

—Por supuesto que no —negó el pelirrojo, ofendido—. La mía es una tierra que profesa la fe en los Tres y su Iglesia. En Moradhair no sería tan afortunado; allí son unos salvajes que no valoran la vida ni las enseñanzas de los dioses.

—Sin embargo, tú defiendes actuar como ellos —dijo Arvand sin disimular ya su aversión hacia Anoraul.

Aquel imbécil no sabía nada del Brandyl de antaño, de sus sueños, ambiciones y la desbordante vitalidad que atesoraba.

—No quería decir eso, no me habéis entendido, paletos. Y no necesito justificarme ante vosotros.

Antes de que la discusión se enconase, Colvir los apremió para que montasen. Brandyl gemía de forma casi inaudible en su montura, con las riendas trabadas al corcel de uno de los guardias de los riadim. Pronto



cabalgaban a buen paso entre las calles de tierra endurecida de Medar. La gente se apartaba a su paso, reconociendo cuando una comitiva de los magos tenía prisa. Dejaron el pueblo atrás y se internaron en una zona de campos de cultivo, acequias y haciendas. Al norte se levantaban unas escarpadas montañas y colinas, mientras que la zona central y el sur eran llanuras. Por el camino de Medar hacia la parte central de la isla, hacia su objetivo, se encontraron a unas pocas patrullas de más miembros de la Compañía Blanca que, en grupos de cinco, cabalgaban por el camino. Colvir ni aminoró el paso ni saludó a ninguno. Cuando el sol ya anunciaba que era más de media tarde, Arvand se adelantó hasta la altura de Brunin, que era quien guiaba a la montura de Brandyl.

—¿Falta mucho, Brunin? —preguntó mientras lanzaba un vistazo para ver el estado de Brandyl, que ahora parecía más calmado.

—Ya casi estamos. Mira.

Y señaló hacia el horizonte, frente a ellos. Fue entonces cuando Arvand vio la torre que se encontraba en la cima de una escarpada colina, en el meandro de un río que cruzaba la isla de norte a sur. A medida que se acercaban, vio que había más edificios alrededor de la torre. Esta relucía al sol de la tarde, debido al tono blanquecino de la piedra con la que estaba revestida la estructura. De hecho, a medida que se acercaban, brillaba con más intensidad, hasta el punto en que se vieron forzados a desviar la mirada con frecuencia para evitar ser deslumbrados.

—No la miréis directamente —aconsejó Colvir, aminorando la velocidad de la marcha—, cuando estemos más cerca el brillo menguará y podréis admirarla, si lo deseáis. ¿Recordáis lo que se espera de vosotros antes de atravesar la Puerta de la Revelación?

—Someteros ante el juicio de los nueve riadarian, recibir su beso como señal de bendición y recitar las palabras ante el baedelis, frente a la puerta, antes de entrar —explicó Leen por todos ellos.

Colvir asintió, complacido.

—Recordad la ceremonia como os fue enseñada. Buena suerte a los tres —les deseó el riadeim cuando llegaban por fin al río y al puente que los llevaría al otro lado—. Pronto dejareis de ser aprendices para convertirlos en iniciados.

Arvand suspiró, sintiendo por primera vez como el nerviosismo se apoderaba de él. Pronto estaban cruzando un viejo y estilizado puente de dos arcos, bajo el que discurría el río. El musgo cubría como un manto sus costados. Arvand, tras las monturas de Brunin y Brandyl, miraba fascinado hacia las piedras del puente, pues muchas de ellas tenían inscritas runas que, aunque saltaba a la vista que eran muy antiguas, no se habían desgastado por el paso del tiempo o el de los viajeros. Un repentino

y desgarrador grito de Brandyl hizo que el corazón estuviese a punto de salirse del pecho. El chico estaba envarado sobre la montura, cubriéndose los ojos con las manos.

—¡Duele! —gritó con voz clara y desesperada—. ¡Me habla y no lo soporto!

Se apresuraron a cruzar el puente y al otro lado Colvir volvió a examinarlo. El chico volvía a estar tranquilo y ausente. Al acercarse, Arvand se estremeció. Se había clavado las uñas en su propio rostro y tenía la frente, los párpados y las mejillas llenas de arañazos sangrantes. No se había arrancado los ojos de milagro. Arvand y Leen cruzaron una mirada y el chico supo que ella se estaba preguntando lo mismo que él. ¿Qué había hecho Brandyl para recibir un castigo semejante de los dioses?

—Atadle las manos —ordenó Colvir a sus escoltas, mirando alternativamente a Brandyl y al puente—. Brunin, no te separes de él. En cuanto acabe la ceremonia lo llevaremos a las dependencias de la darin Vilienna.

—Sí, mi señor riadeim.

De nuevo se pusieron en marcha, rodeando por el norte la colina sobre la que los esperaba la Torre del Sol. Colvir no había mentido y el brillo de la torre se había apagado y ahora era posible admirarla. Mientras subían por el costado de la colina, Arvand se preguntó por su altura y en cómo y quién la habría construido. Era el edificio más alto e impresionante que jamás hubiese contemplado y que probablemente jamás contemplaría. Tenía planta circular, estrechándose en la punta, y estaba repleta de balconadas con columnatas de los que colgaban largos pendones blancos y rojos con las enseñas de las cinco naciones de Balaeron. Con las últimas luces del día llegaron a lo alto del promontorio que dominaba sobre el río. La piedra de color blanco lechoso de la torre irradiaba una luz fantasmagórica, a pesar de que el sol se había hundido casi por completo en el horizonte occidental, tiñéndolo de rojo. Cuatro edificios alargados y de planta rectangular rodeaban a la torre, cada uno en un punto cardinal distinto. La gran explanada adoquinada donde terminaba el camino que seguían, estaba llena de tiendas de campaña con las enseñas y los colores de los Guardianes de la Luz. Colvir los llevó a través de ese campamento, mientras saludaba a algunos de aquellos hombres.

—Este año la cosecha es de baja calidad. —Pudo oír que decía uno de los guardias a otro, cuidándose de que Colvir no lo oyese—. Incluso traen a un retrasado con ellos.

Continuaron guiados por el mago hasta la fachada sur de la torre, donde por fin vieron a los riadeim y sus sirvientes que esperaban al grupo. Dos hileras de miembros de la orden, a lo sumo tres docenas de ellos, los

esperaban a ambos lados del camino que discurría demarcado por setos y arbustos. Al final había un palio, bajo el que se encontraban los que, sin duda, debían ser los nueve riadarian. Eran tres mujeres y seis hombres vestidos con ricas y suntuosas ropas ceremoniales, de colores blancos y carmesíes.

Tras el palio se encontraba la estatua a tamaño natural de un hombre encapuchado, que sostenía un libro abierto y tendía su otra mano como si los llamase. Estaba hecha de la misma piedra blanquecina que la torre, pero la estatua no tenía el mismo brillo pálido e inquietante que aquella. Arvand reconoció en ella al fundador de la Orden de los Riadeim, Irnon Dei. Tras la estatua se encontraba la fachada con la impresionante Puerta de la Revelación. Eran dos enormes hojas de madera y hierro bajo una serie de arquivoltas, y sobre ellas un friso con imágenes talladas en la piedra que, desde donde se encontraban, no podían distinguir. Un anciano encapuchado, vestido con una túnica negra y con un gran manojo de llaves doradas atadas a su vestimenta, esperaba ante las puertas.

Colvir desmontó cuando unos diligentes mozos se adelantaron a buscar sus monturas. Los demás lo imitaron y el grupo empezó a adelantarse. El Maestro de Iniciados abrió la marcha, seguido de los tres aprendices que iban juntos, a la izquierda, Anoraul; Arvand, en el centro, y Leen a la derecha. Cerraba la marcha Brunin que había desatado a Brandyl y, tomando su brazo, lo llevaba tras ellos. Los riadeim los miraban mientras pasaban entre ellos. Arvand se fijó en que algunos de ellos bostezaban con desgana y otros se cuchicheaban cosas al oído. Cuando llegaron ante el palio, Colvir hizo un gesto a Brunin para que esperase a un costado junto a Brandyl. Luego se postró ante los nueve riadarian hasta que uno de ellos se adelantó.

—Incorpórate, riadeim. ¿A quiénes traes ante nosotros, Maestro de Iniciados? —preguntó el más anciano de los nueve, encorvado y casi sin pelo, pero de voz y mirada enérgica.

—A los aprendices cuyos maestros han considerado ser dignos de venir ante vuestra presencia —contestó Colvir—. Os ruego que atendáis su súplica y les deis vuestra bendición, si consideráis que están preparados para cruzar la Puerta de la Revelación.

—Serán recibidos como Irnon Dei recibió a Varean y a Kayla en este lugar y en este mismo día y hora hace incontables generaciones, y como fue recibido en su momento Ethan Jariol.

—Adelantaos —les dijo Colvir haciéndose a un lado.

Anoraul, seguido por él y Leen, fueron presentándose ante cada uno de los dirigentes de los riadeim. Arvand conocía los nombres de los nueve, pero no sabía poner rostro a esos nombres. Anoraul recibió el beso del

anciano que parecía ser su portavoz. Luego Arvand se situó ante él entrando en Faran, el primer nivel del Eldantir, como le habían dicho que hiciera durante esta parte de la ceremonia. Sintió la familiar sensación de poder y como su nerviosismo desaparecía al instante reemplazado por una gran euforia, un millar de veces más embriagadora que la que ningún licor podía provocar. El anciano lo miró con aprobación y le dio un beso en la mejilla.

El siguiente, un hombre que le triplicaba la edad, con amplias patillas blancas y pelo ondulado, repitió el mismo gesto tras mirarle entrecerrando los ojos con interés. La tercera, una mujer de pelo cobrizo y de una belleza cautivadora, le dio su beso en los labios, tras mirarle como si examinara a un animal fascinante y extraño. Arvand, con las energías del Eldantir inundando su mente, apenas si reparó en ello. En Faran era muy difícil sentir algo más que aquella intensa euforia, a pesar de los años que llevaba practicando para conseguir controlarla.

La siguiente era otra mujer que, sin embargo, no podía ser más diferente que la anterior. De mediana edad, tenía el pelo largo de color plateado recogido con una diadema dorada, a juego con un colgante del que colgaba un disco que representaba al sol. El sol no era otra cosa que un rubí del tamaño de un huevo. La mujer lo miró con unos duros ojos grises carentes de la curiosidad, la extrañeza o tan siquiera la indiferencia de sus compañeros. Era una mirada que lo hizo sentirse desnudo y pequeño, incluso estando en Faran. La mujer siguió estudiándolo durante unos interminables segundos. Leen esperaba ya su turno para presentarse ante la mujer, mientras Anoraul se presentaba ante el último de los riadarian. Arvand comenzó a sentirse inquieto, pues la no aceptación de uno solo de los líderes de los magos implicaba que nunca podría llegar a ser un iniciado. El temor lo embargó a pesar de que Koannos le aseguró en su día que la ceremonia de iniciación era una mera formalidad, y que apenas se habían producido rechazos en ella a lo largo de la historia de la orden. Finalmente, la riadarian se inclinó hacia él y Arvand suspiró aliviado, pero antes de que pudiera darle su bendición se detuvo con brusquedad.

—¿Pero qué...?! —se oyó gritar a Brunin.

La mujer y los demás riadarian miraban con incredulidad algo que ocurría detrás de él, así que Arvand se giró de forma instintiva. Brandyl se había adelantado, su cuerpo despedía un vaho helado bien visible y su ropa se había llenado de escarcha. Tenía los ojos vidriosos y el rostro cambiado en un rictus imposible y pavoroso. Su pelo se agitaba con un viento inexistente y de su boca caía un líquido negro y pastoso que escarchaba la tierra allá donde caía. Con unos audibles crujidos, los dedos de sus manos

fueron rompiéndose y quebrándose en formas imposibles, como si una fuerza cruel e invisible se hubiese empeñado en torturarlo. Sin embargo, lo más terrible era que Brandy l no emitía sonido alguno, como si estuviese más allá del dolor.

—¿Qué engendro del infierno es este?! —exclamó uno de los riadarian tras él.

El entrenamiento de Brunin lo empujó a actuar antes que los demás. Desenvainó su sable y en un rápido y fluido movimiento, golpeó el cuello desnudo de Brandy l, dispuesto a decapitarlo. Al tocar su piel el arma se rompió en mil pedazos y cayó al suelo en pequeños trozos de metal helado. El chico tocó con su mano el rostro del incrédulo Brunin. Fue tan sólo un leve roce con la palma, pero fue como si la misma muerte lo hubiese tocado. Brunin desapareció en una explosión de carne helada que roció incluso a aquellos que estaban más alejados. Arvand sintió un miedo atávico durante unos breves segundos de calma, en los que todo permaneció en silencio, antes de que se oyese el primer grito entre los horrorizados espectadores de la ceremonia. Luego estalló un caos de gritos, órdenes y gente corriendo. Arvand se quedó clavado en el sitio sin saber qué hacer. Como en una pesadilla vio como la tierra alrededor de Brandy l se estremecía y se agrietaba. Mientras, el aire se volvía más caliente a su alrededor y su piel empezaba a arder, y en un cielo sin nubes comenzaban a oírse truenos. A pesar de su falta de entrenamiento, Arvand notó como la magia cargaba el ambiente y el Eldantir parecía llamarlo con más fuerza que de costumbre. Sin duda, los riadeim se defendían.

—¡Matad a esa cosa! —chillaba histérico el anciano riadeim que los había recibido al ver que Brandy l andaba hacia él.

De sus dedos rotos brotaron una especie de zarcillos negros, con la consistencia del humo y la longitud de un brazo, que empezaron a moverse de forma enloquecida. Colvir era quien más próximo estaba a él y lo señalaba trazando gestos en el aire. La piel de Brandy l se ampolló por el calor y un manto de llamas lo cubrió, pero el muchacho no se detuvo. De pronto el suelo se abrió bajo sus pies con un estruendo ensordecedor y cayó a una grieta que se ensanchaba peligrosamente, hasta el punto de que Colvir hubo de lanzarse a un lado para no caer en ella. Antes de que llegara al palio, la mujer de ojos grises hizo un gesto y la grieta en la tierra y el temblor se detuvieron, pero Leen perdió el equilibrio justo en el borde. Arvand salió de su aturdimiento justo a tiempo de tomarla de la mano y alejarla de allí. La tierra comenzó a cerrarse otra vez con otro súbito estruendo hasta sellar la grieta, dejando el empedrado del patio hecho añicos.

—¿Lo has hecho tú, Robym? —preguntó la mujer de los acerados ojos grises.

—Así es, Minedea. Tiene que haber muerto aplastado —contestó el riadarian de las pobladas patillas—, pero ¿qué demonios era eso?

Minedea nunca llegó a contestarle, puesto que la tierra explotó con una violencia desmesurada cuando Brandyl surgió de sus entrañas. Arvand, que en ese momento sostenía a Leen, la protegió con su cuerpo cuando salieron proyectados varios metros por la violencia de la deflagración. El golpe lo dejó sin respiración y magullado, pero al menos vivo. Leen tuvo peor suerte. Algo la había golpeado en la frente, que sangraba con profusión, y estaba inconsciente. Arvand suspiró, aliviado, al ver que respiraba con normalidad.

A su alrededor el aire crepitó cuando un rayo cayó sobre Brandyl provocándole una terrible quemadura en el hombro izquierdo. Arvand, con el vello erizado por la estática, miró a su alrededor y vio al anciano portavoz de los riadarian en el suelo, muerto con una roca del tamaño de un puño incrustada en la cara. Se dio la vuelta consternado y, tomando a Leen en brazos, intentó alejarse de aquella locura. A su lado vio como el riadarian llamado Robym era alcanzado por uno de aquellos zarcillos negros como la noche, que súbitamente se extendieron como un látigo, buscando a los enemigos de aquel horror que era ahora Brandyl. Robym chilló aterrorizado cuando aquel zarcillo oscuro se enroscó en su pecho y, en cuestión de segundos, le drenó la vida y el calor. El mago acabó helado, con la piel de un color azul sucio y pegada a los huesos, y los dedos crispados dirigidos al cielo en una muda súplica.

Otro estruendo sacudió la tierra y Arvand cayó al suelo, junto a Leen. Se volvió sólo para ver como aquel ser acababa con la vida de cinco riadeim más con aquellos tentáculos sombríos que parecían absorber la vida de lo que tocaban en cuestión de segundos. No había rastro de Colvir ni de Anoraul y los riadarian restantes empezaban a recular, conscientes de la letalidad de aquel engendro al que se enfrentaban. Arvand se dijo entonces que aquello que los estaba matando no podía ser Brandyl. Tenía que saber que le había pasado a su antiguo amigo y ver lo mismo que los demás magos. Intentó calmar su mente para entrar a Uldis, el segundo nivel del Eldantir. Allí podía percibir el mundo espiritual ligado al mundo físico y ver si ese horror era su amigo o no. Para su sorpresa, lo consiguió sin apenas esfuerzo alguno. Era muy cierto lo que Koannos le contara en una ocasión, que el instinto hacía que los riadeim excedieran su entrenamiento en momentos de necesidad.

Deseó no haberlo hecho.

Brandyl era un cascarón vacío, a su alrededor no había aura alguna y los colores y patrones del Eldantir se desdibujaban a su alrededor, en una especie de entropía que en teoría no podía existir en este mundo. Esa entropía emanaba de una especie de espiral de oscuridad pulsante que estaba suspendida sobre su cabeza, girando en dirección contraria a todo el universo, y de la cual surgían unas emanaciones de oscuridad que se enterraban en su cabeza. Los ojos de su amigo, vistos desde el Eldantir, eran pavorosos y brillaban como dos despiadados soles oscuros.

Una lengua de fuego, una ventisca helada e incluso el golpe de una enorme piedra que le destruyó el brazo derecho, no fueron suficiente para frenarlo. Brandyl contraatacó lanzando sus zarcillos de sombras a las dos riadarian más próximas, Minedeá y la mujer del pelo cobrizo, pero estas parecían por fin preparadas. La pelirroja pareció, por un momento, perdida cuando aquel horror se enroscó en su pierna, pero luego desapareció en una nube de humo y ella apareció a buena distancia detrás del engendro, justo por donde llegaban más refuerzos de los Guardianes de la Luz, alertados de lo que pasaba. Minedeá se mantuvo en su sitio, pero el aire a su alrededor cimbreado y formó ondas cuando el tentáculo impactó contra él, como si fuera un muro. Arvand, desde Uldis, pudo ver como Minedeá había esculpido una especie de barrera a su alrededor usando la propia luz que emitía la torre. El tentáculo se retrajo al chocar con la barrera y aquel grotesco ser emitió un bramido inhumano que heló la sangre en las venas de quien lo escuchó.

—¡Eso es! —gritó a su vez Minedeá—. Atraed la luz sobre él. ¡Rápido!

Todos los riadeim del patio atendieron la orden de la riadarian, mientras los guardias de la Compañía Blanca llegaban para intentar distraer a Brandyl. Arvand intentó sumarse a ellos y sin darse cuenta entró en Tarwiz, el tercer nivel del Eldantir, donde la mente entrenada podía modificar los patrones y flujos de aquella realidad que permeaba a la nuestra y la condicionaba. Se concentró en los flujos de luz que rodeaban a la Torre del Sol, y fue entonces cuando vio que su fuente estaba en algún lugar del corazón del enorme edificio. La luz pulsaba, casi como un ser vivo, y pareció resistirse a los tirones de los magos. Arvand intentó imitarlos, más por instinto que porque realmente supiera lo que estaba haciendo. Durante un segundo notó algo, como si una presencia vasta, abrumadora y antigua rozara su mente. Su sobresalto fue tan grande que perdió la concordancia con Tarwiz y su atención volvió a enfocarse en el mundo real.

Se encontró mirando hacia la torre, cuya intensa luz comenzaba a cegarle, y apartó con rapidez la mirada. Al hacerlo vio como el engendro

estaba prácticamente a su lado, alzando el brazo izquierdo para tocarlo, cuando la luz de la torre cayó sobre su cuerpo y en el Eldantir los flujos de la luz rellenaron aquella entropía antinatural. Los zarcillos oscuros se retrajeron saliendo a través de la cabeza de aquel horror y la espiral de oscuridad suspendida sobre él desapareció. Brandyl finalmente cayó sobre Arvand cuando las piernas le fallaron, y este lo sostuvo en un acto reflejo del que enseguida se arrepintió. Pero no pasó nada, no se convirtió en hielo ni cayó fulminado como temía. El rostro de Brandyl, a pesar de estar ensangrentado y herido, volvía a ser el de siempre. El de antes de aquella aciaga noche en que había robado la talina y había desbordado el río Faoral. Los dos compartieron una mirada durante unos instantes en los que el corazón de Arvand dejó de latir.

—Ellos desean volver —susurró Brandyl y luego, con un largo suspiro, murió entre sus brazos.

Arvand lo dejó en el suelo y cayó a su lado de rodillas mientras abandonaba el Eldantir, agotado y aturdido. Apenas si reparó en lo que pasaba a su alrededor. Magos y sirvientes por igual, corriendo enloquecidos, buscando a los heridos y gritando incoherencias sin sentido. Sables que cayeron sobre el cuerpo inerte de Brandyl, mutilándolo, y manos que se lo llevaron lejos de allí. Anoraul saliendo de detrás de unos setos, con lágrimas en los ojos y expresión angustiada. Como se llevaban a Colvir, cuya cara era una roja máscara de sangre y su pierna colgaba destrozada. Y, por fin, las manos de alguien que lo tomaba de la barbilla y lo obligaba a mirarle. Era el anciano que esperaba ante la Puerta de la Revelación con todas las llaves de la torre, el baedelis.

—¿Estás bien, muchacho? —le preguntó; Arvand se dio cuenta entonces de que llevaba un buen rato haciéndole la misma pregunta.

Asintió, incapaz de hablar, y señaló a Leen que seguía inconsciente unos metros más allá de ellos. El baedelis fue a ocuparse de ella, y entonces Arvand se acordó de las palabras que se suponía debían recitar ante aquel anciano, antes de cruzar la Puerta de la Revelación. «Que me sean revelados los misterios de este mundo y del otro, para que pueda ser el vigilante de Bal Aeronis contra la oscuridad que aguarda paciente nuestra debilidad. Así lo haré, aunque deba pagar un precio en carne o espíritu. Así lo haré, bajo la luz legada por los eliir. Así lo haré, junto a mis hermanos riadeim. Por los Testigos y las Ocho Leyes de Lod, lo juro».

Arvand rio con amargura, entre lágrimas, al comprender lo pronto que había pagado ese precio, incluso antes de poner un pie en la Torre del Sol.